

Frederick Guttman R.

EL RELATO DE LA CREACIÓN

Frederick Guttman R.

Project Magen (junio - 2017)

www.frederickguttman.com

87 páginas

Índice

Día Uno –	pág. 4
Día Dos –	pág. 21
Día Tres –	pág. 35
Día Cuatro –	pág. 47
Día Cinco –	pág. 65
Día Seis –	pág. 73

EN EL PRINCIPIO

Día Uno

Como civilización hemos tenido un evidente interés en conocer nuestro origen y la razón de nuestra existencia. ¿Cómo ir hacia el pasado para conocer los entresijos de aquello que surgió cuando no había forma humana de registrar lo sucedido para las postreras generaciones?

A lo largo de los últimos dos siglos los avances y teorías científicas han aumentado considerablemente. Aunque muchas estimaciones partes de suposiciones, cálculos matemáticos o probabilidades, se acepta que modelos que presentan la idea del origen del universo tienen, en gran medida, un alto porcentaje de posibilidad de tener razón. No obstante, la ciencia convencional y gran parte de la comunidad religiosa de corte abrahámico supuestamente no coinciden en sus puntos de vista, y esto pareciera crear una enorme brecha en la ideología o creencia popular. Para la inmensa mayoría de grupos cristianos y musulmanes – e incluso judíos – rechazan la versión oficial de la ciencia clásica, argumentando que el origen del universo está ya presentado en el libro bíblico del Génesis, en su primer capítulo, y no corresponde con la teoría que supuestamente se atribuye a científicos ateos. Contrariamente, en el hinduismo parece no existir esta discrepancia, incluso la cúpula católica, considerando que simplemente se ha

interpretado mal el estudio de ambas corrientes, y estas no tienen porqué ser incompatibles.

Muchos refutan que un libro escrito por un hebreo, Moisés, pudiese haber tenido los recursos o conocimientos para conocer el origen del cosmos y de la vida, pero en contraposición, sea partidarios del creacionismo o de la panspermia (especialmente defensores de la ufología) están – en mayor o menor grado – convencidos de que una intervención “extranjera” (ángeles, dioses o extraterrestres) proveyó a los pueblos del pasado (no solo a los hebreos) de un conocimiento que apenas ahora la ciencia empieza a descubrir. De ser así, ¿podría el primer capítulo del primer libro del hebreo Moisés realmente tratar una cosmovisión plenamente “científica”?

בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֶת הַשָּׁמַיִם וְאֶת הָאָרֶץ:

Con estos caracteres hebraicos comienza el relato de la creación bíblica, donde transcrito diría, «barashit bará elohim et ha.shamaim ve-et ha-aretz», pero, ¿qué significan todas estas palabras? Barashit, o Bereshit es el nombre hebreo del libro del Génesis, y procede de la misma raíz del persa ‘Bahashit’ (cielo). Este vocablo significa “comienzo”, de la forma ‘ba-rashit’ (encabezado), donde ‘Rosh’ es cabeza, inicio o liderazgo. La palabra ‘Bará’ quiere decir ‘crear’ o ‘formar’. Es decir, ‘creó’. Dicho vocablo se forma de las letras abyad Beit, Reish y Alef, donde la raíz puede denotar un

significado oculto asociado de Bor (Beit, Vav y Reish), que es “pozo” (compárese con otros muchos textos cosmogónicos). Justamente la primera palabra se compone de las mismas letras iniciales que la segunda: Bará = Bara-shit, siendo así una evocación a un principio de creación o establecimiento (porque ‘Shit’, vendría de la voz ‘Set’ (establecer)).

Por su parte, el término ‘elohim’ engloba cualquier concepto relacionado a un ser poderoso, una divinidad o una deidad, sea en singular o en plural. Luego, la palabra ‘Shamaim’ aduce a “cielos”, partiendo de las voces semíticas se entiende como idea compuesta: Sham-maim (allá-aguas) o Shem-lam (nombre del mar). Los egipcios antiguos consideraban el cielo nocturno como un mar, y esta era una idea muy popular, por lo que se aceptaba que ese “mar” celeste estaba plagado de vida. Mientras unas veces se usan vocablos como ‘Shamei’ o ‘Shamai’ (cielo), lo cierto es que casi todas las veces se utiliza el plural ‘Shamaim’, dando a entender que más allá de la bóveda celeste hay muchos “cielos”. Gracias a la gran cantidad de textos que existen podemos comprender que esos cielos son todo tipo de espacios, sea físicos o inmateriales, y de diversas dimensiones y universos, no limitándose, en absoluto, a la idea común de muchas vertientes monoteístas. En el caso de la versión sumeria del relato de la creación, la tablilla de los orígenes dice, «E-nu-ma e-liš la na-bu-ú ša-ma-mu», refiriéndose a Nabu como el cielo, y el Sa.ma.mu como el hecho de que aún no había sido establecido.

Posteriormente el verso 1 termina con la palabra ‘Aretz’, de la cual provienen los vocablos que se refieren a ‘tierra’. La palabra Aretz deriva del sumerio ‘Eridu’ (tierra cimentada en la lejanía), pero según muchas fuentes remotas, parece evocar a todos y cada uno de

los mundos físicos que se han producido – y se producen – en la creación (los universos). La línea segunda del Enuma-Elish dice «šap-li-iš am-ma-tum šu-ma la zak-rat», refiriéndose a que lo de “abajo”, que denomina en este caso ‘am.ma.tum’, es decir, Tierra, tampoco había sido llamada por un nombre, es decir, no estaba aún estructurada ni definida; y es importante acotar que la Tierra es llamada en sumerio ‘Tiamat’, pero aquí aún no es denominada a así, connotación que refuerza la suposición de que habla de la masa primigenia de la cual Tierra y otras “tierras” (mundos) fueron “construidas”.

Entre los fragmentos de un viejo manuscrito atribuido al patriarca Abraham se hallan algunas referencias que ya en ese entonces daban a entender que la existencia humana debe desarrollarse a lo largo de la eternidad en los infinitos mundos que pueblan el cosmos, y que los “ángeles” parecen ser seres evolucionados que trascendieron a la forma humana a la que una vez pertenecieron (es decir, si los ángeles moran en el cielo y habitan en las estrellas, es posible que hubiesen sido habitantes humanos de esos lugares siderales): «Los mundos son infinitos y el hombre ha de vivir en todos los que hoy existen; pero la creación sigue y no se acaba. Todos los mundos se comunican unos con otros en amor y justicia, y mi dios en ello se engrandece. Todos los hijos de mi dios, que llamáis ángeles, hombres fueron...» (Texto del Testamento Secreto de Abraham). Así como con tanta literatura que ya hablaba de esto milenios atrás, el hombre parece ser una creación que existe a lo largo del universo, y parece ser una conciencia (alma) que procedió de un universo anterior y/o un universo espiritual (aquel ‘Shamaim’) del verso 1 del Génesis 1.

Pero el relato de Moisés no empieza hablándonos del vacío original que tanto se ventila entre las teorías científicas convencionales, sino que periódicamente pareciese haberse constituido el universo, primero desde un universo espiritual primevo y, tras este, el universo que ahora experimentamos. De esa forma, la interrogante sobre qué fue antes del Big Bang, sería respondida aludiendo a un universo raíz del cual procede este cosmos, y puede que otros muchos. Es aquí, llegados a este punto, cuando Moisés escribe lo siguiente...

וְהָאָרֶץ הָיְתָה תְּהוֹם וְבְהוּ וַחֲשֹׁךְ עַל־פְּנֵי תְהוֹם וְרוּחַ אֱלֹהִים מְרַחֶפֶת
עַל־פְּנֵי הַמַּיִם:

Este siguiente versículo nos dice, «ve.ha.aretz haitah tohu va.bohu ve.joshej al-pnei tehom ve.ruaj Elohim merajefet al-pnei ha.maim». Esto se podría ir traduciendo como, «y la tierra estaba en caos», pero dado que en ningún momento nos dijo cómo se formó la Tierra, aún con su parecido al diseño del resto de esferas que se extienden por el universo, debemos preguntarnos si efectivamente ‘Aretz’ identifica nuestro mundo o a la materia en sí. En otras palabras, Aretz puede evocar al principio de la composición atómica que se habría establecido en el espacio, o el escenario mismo para la futura vida que se desarrollaría en el cosmos. De ser así, ¿qué era ese caos? En los paradigmas teóricos se entiende el caos como el principio de la nada, lo impredecible, la complejidad de la supuesta

causalidad en la relación entre fenómenos o la razón del destino del universo. Los griegos antiguos eran ya muy versados en filosofías sobre esta concepción, y en todos los caos pareciese identificar la fuente o fuerza que rige el cosmos en cierto espacio, bajo determinados parámetros que no siguen el modelo o leyes del resto del sistema. Dicho de otra manera, la progresión del desarrollo del universo iría acompañada de la existencia de leyes cósmicas que empujan la energía y ordenan y establecen el orden de todo.

Eso quiere decir que hay una fuerza primordial que en el espacio parece ordenar todas las cosas y darles leyes (gravedad, cargas eléctricas, magnetismo, etc.), y por medio de una fuerza motora provoca vórtices que condensa y repelen (como una carga positiva y otra negativa), manteniendo todo por fuerza de atracción y repulsión en forma espiral. Eso se aplicaría desde los átomos hasta las propias galaxias. El caos habría sido la parte inicial en el “vacío” donde aún esa fuerza o “inteligencia” energética no había dado empuje a la vibración que produjo los campos, y sería aún todo espacio en el infinito a donde aún esa “creación” en progresión no habría llegado. Esta versión de la historia es semejante a la de otros muchos pueblos, solo que con matices diferentes, pues sigue el mismo esquema, hablándonos de ese “tohu va.bohu” que asimismo son palabras de raíz sánscrita que tienen un sentido de “abismo” y “desorden” (ausencia de un principio de ordenamiento o ley).

Tiene lógica que diga ‘Joshej’ (tiniebla), si aceptamos que en la teoría del Big Bang, antes de aparecer esta explosión masiva, tuvo que existir un espacio a donde se produjo. Por ende, primero debe existir un “lugar” y luego la explosión que se produce en dicho “lugar”. En consecuencia, si aún no estaba el “potencial” del universo

“material”, dicho espacio estaba a oscuras. Aunque otros textos como los hebreos Jubileos, 2ª Baruc, 2ª Esdras o 2ª Henoc varían en uno que otro detalle en el orden de sucesos, el patrón es básicamente el mismo que el que sigue Moisés en Génesis 1, y en este punto habla ya de “agua” y luego de “luz” (otros manuscritos ponen primero la luz y luego el agua). Quien no conoce la teoría más aceptada de la formación de la materia en el universo no sabe que coincide con la traducción griega de este pasaje bíblico. La palabra ‘agua’ en griego es ‘idor’, de donde procede ‘hidros’, y de ahí ‘hidrógeno’. La materia se constituye de átomos; los átomos forman moléculas a través de las valencias, y todo esto sigue el principio de ley-orden del que venimos hablando. La comunidad científica considera que la materia primordial es el gas que más abarca en el cosmos: el hidrógeno.

«ἡ δὲ γῆ ἦν ἀόρατος καὶ ἀκατασκεύαστος καὶ σκότος ἐπάνω τῆς
ἀβύσσου καὶ πνεῦμα θεοῦ ἐπεφέρετο ἐπάνω τοῦ ὕδατος»

La última palabra de esta cita, que corresponde con la versión griega, es ‘Idatos’ (agua), de la misma forma ‘Idor’ e ‘Ydros’. El agua es dos veces más hidrógeno que oxígeno. Los cristales de roca, el agua, el hielo y la mayoría del gas esparcido por el espacio proceden, según la teoría moderna, del principio atómico del hidrógeno, ya que es el átomo más simple, o sea, la estructura primordial y matriz de la materia en el universo. Siendo así, al decirnos en Génesis que había un ‘Ruaj’ (viento) ‘Merajefet’

(revoloteando), parece indicarnos claramente que un movimiento de espiral o vórtice era movido o empujado en todas partes del espacio para condensar la materia. Así las cargas produjeron el átomo básico: hidrógeno. Siguiendo este influjo e impulso el hidrógeno habría producido condensación de agua, claramente congelada debido a la temperatura del cero absoluto. El movimiento habría creado fricción y la fricción energía, haciendo así que estos vórtices condensasen materia sólida, en gran parte agua congelada, evidentemente con el resto de sumas de elementos que hemos estudiado en la Tabla Periódica. Con todo, la inmensa mayoría y la base, sería hidrógeno, hielo, agua...

En medio de esa oscuridad, ¿qué podría verse? Nada. Sin estrellas en el espacio, ¿qué se puede ver? Nada en absoluto. Es eso lo que define el vocablo griego 'Aóratos' de la cita de arriba: invisible. La materia o sustancia, lo existente, no se podía ver. La versión Vulgata de Jerónimo agrega que estaba 'Vacua' (vacía), y todos estos conceptos coinciden con la versión hebrea, e incluso la aramea, que dice «tzadia ve.rokania» (desierta y estéril). El Enuma-Elish, un relato sumerio que se conserva en varias tablillas halladas en las ruinas de la biblioteca de Asurbanipal en Nínive (ahora conservadas en el Museo Británico), y que se remontan al 669 a. C. o 627 a. C., inicia contando que «Cuando en lo alto, el Cielo no había sido aún nombrado, y debajo, la Tierra no había sido mencionada por nombre, nada existía excepto Apsû, el antiguo, su creador, y el caos, Tiamat, del que todo fue generado. Las aguas se agitaban en un solo conjunto y los pastos no se habían aún formado ni existían los cañaverales. Cuando aún ningún astro podía verse, ninguno tenía un nombre cuando los destinos no se habían aún establecido.» (Líneas 1 al 8).

Irónicamente la Tierra es primero una masa, y lo que vino a ser el molde o modelo era el 'mu.um.mu' (caos), en ese momento Ti-amat, «mu-al-li-da-at gim-ri-šu-un» (“del que todo fue generado”, o “la madre de los dos”, refiriéndose a Apsu y Tiamat).

La frase «meš-šu-nu iš-te-niš i-hi-qu-ú-ma» (aguas en un solo conjunto) hacen pensar, ¿dónde y cómo estaban configuradas? ¿Quiénes son Apsu y Tiamat? Acorde a los expertos, Apsu es un concepto masculino alusivo a las “aguas primordiales” y el agua dulce, mientras Tiamat es una idea femenina de los abismos y el caos primevo. Este sería el equivalente del hebreo 'tohu va.bohu'. Si miramos la raíz etimológica de estas definiciones, encontramos que de Apsu provino el semítico Ab.Zu (padre sabio), de donde posteriormente derivó 'Abisu', luego el griego 'Abisos', el inglés 'abyss', o el español 'abismo'. Es más, las regiones sureñas o del Hemisferio Sur eran denominadas 'Abzu', como idea de “lo de abajo”. En cuanto a Tiamat, o Tiamatu, dio lugar a la forma semítica 'Teemut', y esa al hebreo 'Tehemot' (abismos), cuya raíz es precisamente la partícula 'Tehu' o 'Tohu', de la endíadis 'tohuwabohu' (curiosamente en alemán, este concepto - definido como 'Tohuwabohu' - es un coloquialismo para “caos”).

Esta idea de «las aguas» agitadas «en un solo conjunto» afina con otras fuentes sobre el mismo tema de la masa acuosa que se produjo de la condensación y fusión por vórtice del hidrógeno con otros elementos básicos que empezaron a componer la materia. ¿Y qué empujaba todo esto? Ese 'Ruaj' (viento, espíritu). En ese tiempo, antes del tiempo, es cuando apareció lo visible, porque previamente la oscuridad se cerina sobre todo al no haber estrellas, como tantas

fuentes nos dicen, incluyendo la línea 7 del Enuma-Elish: «e-nu-ma ilâni la šu-pu-u ma-na-ma» (cuando aún ningún astro podía verse).

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי אֹר וַיְהִי־אֹר:

Aquí nos dice Génesis 1, «ve.iamer Elohim iehi aor va-iehi-aor» refiriéndose a que fuese luz, y fue luz. ¿Cómo se produjo esa luz? En la línea 9 del Enuma-Elish también se habla de esto: «ib-ba-nu-ú-ma ilâni ki-rib ša-ma-mi» (Entonces, los astros fueron hechos visibles en medio del cielo). Si bien, se suele creer en el creacionismo que en 6 periodos fue hecho el universo (para algunos esto es incluso literal, o en el mejor de los casos una referencia a 6.000 años), pero el primer periodo no empezó a ser marcado sino a partir de este momento, por lo que lo anterior sucedió antes de este tiempo definido. En este orden de cosas, solo en el 4º periodo habrían aparecido las estrellas, no en el primero. Empero, ¿si los astros se supone que aparecían en el 4º periodo, qué fue esa “luz” (Aor) que tuvo lugar antes de comenzar a marcar el reloj del tiempo?

Moisés no se contradecía, y en otra obra de su autoría, recuperada de las cuevas del Qumran, nos dice que el eterno, «Para el primer día que creó los cielos y [lo] que está por encima de la tierra y las aguas y todos los espíritus que sirven ante él [...] y los abismos de la oscuridad, [...] (y noche), y la luz, el amanecer y el día, [...] siete grandes obras que Él creó en el primer día.» ¿Primer día? El término hebreo que se traduce por ‘día’ es ‘Yom’, pero que identifica un periodo y ubicación donde domina la luz. El vocablo Yom se asocia al

griego “eón”, como Edad o Era. La voz castellana “día” derivó del griego, siendo éste un calificativo del nombre Zeus (Dios), y esto nos recuerda que los antiguos relacionaban a los dioses y a los ángeles con los astros, tal como otros traducen la línea 9 del Enuma Elish: «Entonces se crearon los Dioses en el medio del cielo.» En la versión revelada al escribano hebreo Esdras, «luego fue el espíritu, y la oscuridad y el silencio estaba por todos lados, el sonido de la voz del hombre no fue formado. Entonces mandaste una luz justo salir de tus tesoros, para que tu trabajo pudiese aparecer.» (2ª Esdras 6:39-40)

¿El Big Bang? Parece una descripción que tanto da la razón a la versión clásica del origen del universo como a la de otras culturas, que sostienen que todo surgió de “otro lugar” y fue proveído de allá por medio de una gran luz con sus fuerzas espirituales o invisibles que iniciaron la creación. La versión china e hindú de este relato es similar, al considerar que las cosas salieron de una especie de “lugar primordial” que se abrió y lo produjo todo: los vedas lo describen como un huevo que se partió y de ahí salieron las “deidades” que produjeron el cielo y a tierra. Es admisible considerar que al decir “tierra” no se refiera al principio explícitamente a este planeta sino a todos aquellos en las mismas condiciones, que no son asteroides ni cometas ni estrellas, y cumplen ciertos parámetros que los incluyen en la categoría de “planetas”. De hecho, en la versión del profeta Henoc, la Tierra se produjo de una masa líquida oscura espesa que se fragmentó en 8 partes, quedando la que contenía las aguas más densas configurada como nuestro planeta Tierra, mientras las otras 7 se convertían en los otros planetas del sistema solar.

וַיֵּרָא אֱלֹהִים אֶת־הָאוֹר כִּי־טוֹב וַיַּבְדֵּל אֱלֹהִים בֵּין הָאוֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ

El versículo 4 nos dice, «ve.irá Elohim et-ha.or ki-tob ve.ibdel Elohim bein ha.or ve.bein ha.joshej», refiriéndose a que Elohim ve lo bueno de esta “luz” y realiza una distinción o separación entre la luz y la tiniebla. Lo que en un principio se venía uniendo ahora se separaba; las sustancias obedecían a la fuerza de gravedad y la fuerza centrífuga. Según las palabras del profeta Henoc, el dios de los hebreos le llevó fuera de la Tierra y le mostró cómo hizo el universo, y narrando sobre este aparente “Big Bang”, le dice: «Yo ordené [...] que las cosas visibles debían venir abajo de las invisibles, y Adoil (luz de la creación) vino abajo muy grandioso, y yo le contemplé, y bajó. Él tenía un vientre de luz grandiosa. Y yo le dije: Se desecho, Adoil, y deja lo visible venir fuera de ti. Y él vino a deshacerse, y una grandiosa luz salió. Y yo estaba en la mitad de la gran luz, y tal como allá es nacido luz de la luz, vino adelante una grandiosa edad, y mostró toda creación, cual Yo tuve pensado el crear. Y yo vi que eso era bueno. Y yo instalé para mí un trono, y tomé mi asiento en él, y dije a la luz: Ve por lo tanto arriba a lo alto y repárate a ti misma alto sobre el trono, y sé una fundación para las cosas elevadas.» (2ª Henoc 25:1-5)

Henoc parece describir el relato desde otro prisma, aduciendo que primero fue esta luz que emanó de quién sabe dónde y se deshizo o explotó haciendo ver lo invisible como visible, pero tras esto Dios mandó que surgiese la materia sólida: «Y yo convoqué el muy bajo una segunda vez, y dije: Deja Arjas (espíritu de creación) sal duro, y él surgió duro desde lo invisible. Y Arjas vino fuera, duro, pesado, y muy rojo. Y yo dije: Se abierto, Arjas, y deja allá que nazca

de ti, y él se deshizo, una era salió adelante, muy grandiosa y muy oscura, portando la creación de todas las cosas bajas, y yo vi que eso era bueno...» (Cap. 26:1-3) Posteriormente Henoc habla de esta 'separación', diciendo que Dios le contó: «Y yo ordené que allá debían ser tomados desde luz y oscuridad, y yo dije: Sea denso, y ello fue así, y yo lo separé fuera con luz, y ello se convirtió en aguas, y yo lo separé fuera con oscuridad, por debajo de la luz, y entonces y hice firmes las aguas, es decir el insondable (sin fondo), y yo hice fundación de luz alrededor de las aguas, y creé 7 círculos desde dentro, e imaginadas las aguas como cristal mojado y seco, que es decir como vidrio, y la circunspección de las aguas y de los otros elementos, y yo mostré cada uno de ellos su camino, y las 7 estrellas cada una de ellas en su Cielo, que ellos van así, y yo vi que eso era bueno. Y yo separé entre la luz y entre la oscuridad, que es decir en el medio del agua aquí y allá, y yo dije a la luz, que ello debía ser el día, y a la oscuridad, que ello debía ser la noche, y fue tarde y fue mañana el Primer Día.» (Cap. 27)

Notablemente es imposible para la historia convencional pensar que alguien diese semejantes descripciones hace más de 4.500 años, por lo que este profeta no podía estárselo inventando. Su descripción, arcaica – es de entender – por su época y límites de su propio idioma, son suficientemente escuetas como para comprender que nos narra cómo tras la aparición de esa luz que se desgaja por todo el universo, o el Big Bang, la materia se condensa en medio del espacio y se precia como masas abismales de condensación basada en el hidrógeno. Su descripción sobre cómo la luz y la oscuridad se separan para dar forma al agua como tal solo puede explicarse como la estructuración del agua debido al principio de valencia atómica de

los gases que componen el agua y también producen electricidad. Dado que estas palabras no existían en la remota antigüedad, era de esperar que simplemente se refiriesen a esto como lo invisible que sustenta las cosas o es la esencia en sí, es decir, el Ruaj (viento, espíritu). Ese Ruaj que se “movía” sobre el agua siendo la ley o fuerza que iba “cuajando” la materia.

Además de esto, la mención que da Henoc en el capítulo 27 de su Segundo Libro respecto del agua y su forma, hace entrever que le fue dicho que la fuerza invisible y motora provocaba que por rotación las masas se consolidasen en “círculos”. Como veréis si repasáis el principio de este Artículo, veréis que ya les comentaba que el vocablo ‘Aretz’ parecía designar a los mundos físicos creados, al menos, en este universo. Aunque Moisés solo habló de este rápidamente, Henoc lo matiza de forma formidable, haciéndonos saber que Dios ya hace miles y miles de años le había contado la forma en que la fuerza motora que de Él proviene produjo el Big Bang, las fuerzas del universo, las cargas que crearon los átomos y posteriormente las moléculas y, en consecuencia, los gases de los cuales se produjo el agua (líquida o no, pura o no).

Aunque a simple vista pareciese que Henoc describe la formación de lo que pudiesen ser los planetas de nuestro sistema solar, es en el capítulo 30 cuando nos habla de estos 7 cuerpos espaciales mandados a fijarse en sus órbitas respectivas, y lo que cabe interpretarse es que el 7 designe un patrón. Al decir que creó 7 esferas una dentro de otra, de lugar a suponer que habla de una cosmovisión de 7 cielos o dimensiones, y/o de un patrón de 7 niveles sujetos a la geometría de la esfera como modelo elemental del universo. Este mismo modelo habría dado lugar a la estructura de

nuestro sistema solar, aunque, según esta descripción, y las que parecen aportar las fuentes sumerias, habría sido distinta de cómo vino a ser después, habiéndose reorganizado miles de años después para tener la distribución que hoy poseen. Es más, al hablar de estas 7 esferas y cada uno en su propio cielo, hace suponer que existen mínimo 7 cielos o que hay 7 realidades existenciales en el cosmos, pero por encima de todo nos recuerda a los 7 planetas del sistema solar en sus órbitas. ¿Quiere decir esto que solo hablaría de la creación de nuestro sistema? Según estas palabras, Dios llamaría a esto el “círculo celestial”, y afirma que ordenó que en esas “esferas” o “círculos” hubiese “luminares”, y siguiendo este patrón hizo todo en «todos los cielos». Esto quiere decir que el esquema que usaba el Creador era el de un fractal basado en un sistema de 7 en todos los niveles.

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים | לְאוֹר יוֹם | וְלַחֹשֶׁךְ קָרָא לַיְלָה | וַיְהִי־עֶרֶב | וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם
אֶחָד

A pesar de que muchas de estas explicaciones ya las traté en la obra ‘La Rebelión de Sakla I, El Abismo’, hay muchos datos que siempre es bueno repasar, reestructurar, actualizar y ampliar. Aquí el verso 5 nos dice, «ve.ikrá Elohim la.or Yom ve.la.joshej kara lailah ve.iehi-ereb ve.iehi-boker yom ajad.» Podríamos traducir esto como que la designación o identidad de la ‘Aor’ (luz) viene entonces a ser ‘Yom’ (día, eón, era), mientras que la de ‘Joshej’ (tiniebla) pasa a ser

'Lailah' (noche). Llegados a este punto, todo el conjunto es conocido como 'Yom Ajad' ('Día Uno' o 'Eón Ajad'), y si recordamos el patrón 7, aquí se vuelve a reflejar, pues se habla del 6 como tiempo de formación, y el 7 como finalización de este ciclo para seguir otros.

Día Dos

«Antes del comienzo sólo había una conciencia, la de El Eterno cuya naturaleza no se puede expresar en palabras. Era el único Espíritu, El Ser Generador que no puede reducirse. El Desconocido, Incognoscible Un solitario melancólico en profundo silencio embarazado. El nombre que se pronunció no puede comprender este Gran Ser que, permaneciendo sin nombre, es el principio y el final, más allá del tiempo, más allá del alcance de los mortales, y que en nuestra simplicidad llaman Dios. El que precedió a todo existía solo en Su extraña habitación de la luz increada, que permanece siempre inextinguible, y ningún ojo comprensible puede jamás contemplarlo. Los borradores pulsantes de la luz, la vida eterna en su mantenimiento aún no se habían soltado.» (El Libro de la Creación, The Kolbrin. Los registros de la cultura celta). Esta explicación tan majestuosa del Kolbrin nos resume sabiamente todo lo anteriormente dicho, y nos amplía la visión de esta historia: «Sabía él solo, fue sin contraste, incapaz de manifestarse en la nada, pues todo dentro de su ser estaba, [el] potencial no expresado. Los círculos mayores de la Eternidad aún no habían salido, para ser echados fuera como los siglos de los siglos de la existencia de [las] sustancias. Ellos iban a comenzar con Dios y retornar a Él completando en variedad y expresión infinita. Tierra aún no existía, no había viento con el cielo por encima de ellos; altas montañas no se plantearon, ni fue el gran río en su lugar. Todo era sin forma, sin movimiento, calma, silencio, vacío y oscuro. Sin nombre había sido nombrado y no había destinos presagiando.»

Los viejos recuentos griegos nos dicen que «Antes de existir el gran mar y la fértil tierra, y el cielo azul que recubre el mundo; antes de que la naturaleza –que nuestros ojos ven y todos nuestros sentidos ayudan a aceptar- viviese como vive ahora: organizada, plástica, sabia, poderosa; antes de todo eso, era el Caos: masa tosca e informe que constituía el universo. En el comienzo, lo que existía era inerte –dice Ovidio, poeta latino-. Era un peso muerto. Un montón de elementos dispares. En ese tiempo, ninguna luz daba al mundo calor y claridad. Ni el Sol ni la Luna recorrían la bóveda celeste, transformando cada día en un nuevo día, y cada noche en una noche clara. La Tierra todavía no estaba suspendida en el aire, equilibrada por su propio peso. Y Anfitrite, la reina del mar, no había extendido aún sus dulces brazos hasta las márgenes. Tierra y Mar eran una mezcla indistinta de vida y agitación. El suelo no tenía densidad. El mar no fluía. El aire no tenía luz. Nada poseía forma propia. Y en el interior de esa masa única, se entablaba la constante batalla de los principios opuestos: el frío combatía al calor; la humedad contra la sequia; la liviandad contra el peso. Poco a poco un germen inteligente, un dios ordenador emergió del Caos. Definió (delimitó) y armonizó (equilibró) todo, según su soberana voluntad. La paz se hizo en el universo. Pero permaneció para siempre encendida la chispa del conflicto, porque el orden, el límite y el equilibrio no son estáticos...»

También los indios quichés nos cuentan la versión mesoamericana de esta historia: «He aquí el relato de cómo todo estaba en suspenso, todo tranquilo, todo inmóvil, todo apacible, todo silencioso, todo vacío, en el cielo, en la tierra. He aquí la primera historia, la primera descripción. No había un solo hombre, un solo

animal, pájaro, pez, cangrejo, madera, piedra, caverna, barranca, hierba, selva. Sólo el cielo existía. La faz de la tierra no aparecía; sólo existían la mar limitada, todo el espacio del cielo. No había nada reunido, junto. Todo era invisible, todo estaba inmóvil en el cielo. No existía nada edificado. Solamente el agua limitada, solamente la mar tranquila, sola, limitada. Nada existía. Solamente la inmovilidad, el silencio, en las tinieblas, en la noche. Sólo los Constructores, los Formadores, los Dominadores, los Poderosos del Cielo, los Procreadores, los Engendradores, estaban sobre el agua, luz esparcida. [Sus símbolos] estaban envueltos en las plumas, las verdes; sus nombres [gráficos] eran, pues, Serpientes Emplumadas. Son grandes Sabios. Así es el cielo, [así] son también los Espíritus del Cielo; tales son, cuéntase, los nombres de los dioses. Entonces vino la Palabra; vino aquí de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo, en las tinieblas, en la noche [...] unieron sus palabras, sus sabidurías. Entonces se mostraron, meditaron, en el momento del alba...» (Popol Vuh. Capítulo 2)

En su tiempo ya decían los nórdicos que el mundo empezó como una masa helada llamada Niflheim, y con ella vino el mundo que podemos definir como el de la actividad magmática, al que llamaban Muspelheim, así como el caos o abismo que existía entre ambos: Ginnungagap. Asimismo tenemos la idea del universo siendo producido con su Dios desde un útero dorado o brillante, un huevo cósmico llamado Hiranyagarbha, del que narra el sagrado Bhagavata Purana de la India. Así se habrían producido los cielos, mundos, sus órbitas y dimensiones, planos de realidad e incluso espacios y universos paralelos, y en ellos el gran Dios, bajo muchas formas y representaciones, quien lo habita todo, «aquel que se viste

(empleando como manto) las sólidas piedras del Cielo. Y escogió también a cuantos le agradan a Él» (Yasna XXX, el Avesta de Zoroastro. Antigua Persia) Los manuscritos de la biblioteca egipcia de Nag Hammadi nos comentan estas historias en sus varios tratados, exponiendo que los “dioses” emanaron en el caos, en esa oscuridad y la masa acuosa. Si bien, en copto y griego koiné la palabra para ‘dioses’ era más precisamente ‘exoisias’ (autoridades) y ‘arjais’ (arcontes, principados), que posteriormente crean a los ‘dynameis’ (poderes, fuerzas, energías) y con quienes representan aquellas potencias del Destino. Irónicamente, aunque la palabra hebrea ‘elohim’ se traduce por “dioses” o “Dios”, realmente significa “poderosos”, pudiendo evocar a “poderes” o “fuerzas” detrás del mover del mundo material.

En otro tratado de estos registros cristianos egipcios, encontramos: «Sem, ya que eres de un poder sin mezclar y usted es el primer ser sobre la tierra, oye y entiende lo que voy a decirte, [y] por primera vez acerca de las grandes potencias que estaban en existencia en el comienzo, antes del presente. No había luz ni oscuridad y no había Espíritu entre ellos. Dada su raíz cayeron en el olvido - el que fue el Espíritu no engendrado – del cual yo te revelo la verdad, acerca de los poderes. La Luz se creía completa de la audición y la palabra. Estaban unidos en una sola forma. Y la oscuridad fue el ruaj (viento, espíritu) en las aguas. Poseía la mente envuelta en un incendio caótico. Y el Espíritu entre ellos era una luz suave y humilde. Estas son las tres raíces. Ellos reinaron cada uno en sí mismos, solos. Y cubrieron unos a otros, cada uno con su poder.» (Paráfrasis de Sem 1:19 al 2:10) Todo eso concuerda con el resto de versiones que tratan esta historia del origen del universo, ya que la idea de un Dios Eterno

e Inconmensurable que existía antes del universo y del cual procede todo, está presente en muchas culturas.

«La muerte entonces no estaba, ni nada había inmortal. Aquello sin aliento, respiraba por su naturaleza: aparte de ello lo que fuese nada había. Todo lo existente era vacío y sin forma. ¿Qué había por encima o por debajo entonces? ¿Quién ciertamente lo sepa y declararlo pueda? ¿De dónde nació y de dónde viene esta creación? Los dioses posteriores fueron la producción del mundo. ¿Quién sabe entonces dónde comenzó la existencia? Él, primero origen de la creación, si la formó o no, cuyo ojo controla el mundo desde el empireo, Él ciertamente lo sabe, o quizás no...» (Rig Veda, registros de la India) Estos pueblos llamaban “dioses” a los poderes y astros que emergieron con el “Big Bang”.

וַיֵּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי רָקִיעַ בְּתוֹךְ הַמַּיִם וַיְהִי מִבְּדִיל בֵּין מַיִם לְמַיִם:

El relato de Moisés, en su verso 6, nos dice, «ve.iamer Elohim iehi rakia ba.toj ha.maim ve.iehi mabdil bein maim le.maim», es decir, que hubiese un espacio o vacío entre el agua, entendiéndose esa ahí ya existente. Agrega que se realice esto separando entre “aguas a las aguas”, o sea, aguas sobre aguas. El texto hebreo para-bíblico de 2ª Esdras (capítulo 6:41) nos dice: «Al segundo día hiciste el espíritu del firmamento, y ordenaste partirse en dos, y pues hacer una división entre las aguas, que por una parte podría subir, y la otra permanecerá al pie.» Esta descripción es claramente una alusión a la formación de la atmósfera, al menos en nuestro mundo y los que son

esferas semejantes. ¿Cómo se produciría esto? Es una acción lógica que responde a la ley de la gravedad: unos elementos son más pesados que otros, y los más ligeros (gases) se superponen a los más pesados (líquidos), y estos a los aún más pesados (sólidos). Jubileos 2:4 nos confirma este hecho, aduciendo, de palabras de Moisés: «Y en el segundo día creó la Rakia en medio de las aguas, y las aguas estaban divididas en ese día; la mitad de ellas pasó por encima y la [otra] mitad de ellas bajó por debajo de la Rakia (que fue) en el medio durante la faz de la tierra entera. Y este fue el único trabajo [que] (Dios), [hubo] creado en el segundo día.»

Las milenarias Tablas Esmeralda de Thoth nos hablan de «los Señores de Amenti, señores ellos de los Niños de la Mañana, Soles de los ciclos, Maestros de Sabiduría.» (Tabla III) Dyehuty (Thoth), el “dios” egipcio de la escritura, afirmaba que estos señores de Amenti controlaban el caos para que el universo no fuese disuelto, y, según él, era necesaria la existencia del caos para mantener un equilibrio en el cosmos. Dyehuty refirió que estos inmortales de Amenti (las salas del camino hacia el más allá) eran señores sobre los “niños de la mañana” y a su vez “soles de los ciclos”. El sabio idumeo Job, escribió, un tiempo después de Abraham, «cuando alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios...» (Job 38:7) ¿Alababan las estrellas? En hebreo dice ‘Kokabei Boker’ (astros de la mañana), los mismos que parece mencionar Dyehuty, y de quienes agregó, «Muchas de las estrellas pasé en mi viaje, muchas de las razas de los hombres en sus mundos; algunos llegando alto como las estrellas de la mañana, algunos cayendo bajo en la negrura de la noche.» Y asimismo escribió que «Hace muchas eras, los soles de la Mañana descendiendo, encontraron el mundo lleno con la

noche, ahí en ese pasado, comenzó la lucha, la antigua Batalla de Oscuridad y Luz.» (Tabla VI)

Ahora bien, el vocablo hebreo Yom (día) alude a una era y a un dios, como engloba el vocablo griego 'Aionos' (eón, era, siglo, edad), también 'Laila' (noche) tiene su propio significado profundo. Su raíz sánscrita, 'Lila', lo identifica como el concepto relativo a la eterna lucha en el cosmos, desde que la oscuridad emergió. Para los vedas, la Lila era la eterna batalla cósmica entre el bien y el mal, la lucha entre el orden y el caos, la luz y la oscuridad, la justicia y la injusticia. El propio nombre de la demonesa Lilit, de las leyendas hebreas, toma su nombre de la misma raíz, siendo idea de mal, oscuridad y lo demoniaco. Otro punto importante acá es que la narrativa de Génesis 1:5 nos habla de un 'Boker' (mañana) y un 'Ereb' (tarde) que configuran ese primer eón o era inicial, pero, si el sol se supone que aún no estaba, ¿qué eran esa mañana y esa tarde? Además, no dice "noche", sino que el día sería solamente según el periodo de luz, ¿el principio de 6 horas matinales y 6 horas de la tarde? En consecuencia, no habla de un día de 24 horas, sino de un ciclo de luz. Si estuviese hablando de un periodo consecutivo de días reales, tendría que haber incluido la noche. Esto concuerda con las otras fuentes que exponen que esta luz no solo era cósmica (de esferas de luz), sino de seres de luz que rigen el lado positivo de ese Ying-Yang, o "Lilá", frente a los caóticos que rigen el lado oscuro.

Podemos concluir aquí, sin temor a equivocarnos, que esas "estrellas" eran seres extraterrestres de otra dimensión, ángeles de esferas superiores de realidad que luchan contra la oscuridad y sus fuerzas, y esos "soles" o "hijos de dios" son igualmente un grado elevado de inteligencias sobrenaturales que operan sobre el orden

en el cosmos. En los periodos del “amanecer” de la civilización estuvieron acá, habiendo sido algunos de ellos desertores justo antes del diluvio. Génesis nos dice que el Yom se divide en dos secciones: Boker y Ereb. Los de Boker son de máxima luz y de esa era, pero, ¿qué es eso de ‘Ereb’? El ocaso de esa era (ciclos que empezaban y terminaban con episodios determinantes), de la cual los antiguos griegos dieron constancia al decir que en la era remota del mundo, ‘Érebo’ fue lanzado a los infiernos, donde se convirtió en la horda de espíritus demoniacos que desde aquel remoto pasado asolaron al mundo.

La versión de Henoc es aún más clara sobre esta historia, y nos dice: «Y entonces yo hice firme el círculo celestial, e hice que las aguas bajas cuales están bajo el Cielo colectarse a sí mismas juntas, hacia dentro de un agujero, y que el caos se volviera seco, y ello se convirtió así. Fuera de las olas (onda) yo creé roca dura y grande, y de la roca yo llené lo seco, y lo seco yo llamé tierra, y el medio de la tierra yo la llamé abismo, que es decir lo sin fondo (insondable), yo colecté el mar en un lugar y lo limité junto con un yugo. Y yo dije al mar: Contempla yo te doy tus límites eternos, y tu no deberás romperte, soltarte de tus partes componentes. Así yo hice rápido el firmamento. Y fue la tarde y la mañana el Día Segundo.» (2ª Henoc 28:1-4) El tal “círculo celestial” que se formó al elevarse las partes de agua más ligera (gases), del resto que se quedó abajo, era ese vacío (Rakia) entre ambos, y el resto de materia de la parte inferior recubría lo que en un principio fue un agujero.

Esto es lo que también se cuenta en el Enuma-Elish, donde la historia se describe como una batalla campal entre dioses para referirse a la manera en la que se formó el sistema solar. Según la

larga descripción que dan las tablillas sumerias, varios impactos de cuerpos espaciales y procesos de formación conllevaron al establecimiento del sistema solar como lo conocemos, pero la masa primordial Lahmu y Lahamu cambiaron de estado y “espíritus” emergieron y sojuzgaron. Justamente las palabras Lahmu y Lahamu dan lugar al vocablo hebreo Lejem (pan), por la idea de una masa pastosa que evidentemente luego se calienta para conseguir el preciado alimento. La tierra como lodazal y asimismo ardiente (caliente aún y con muchos volcanes y lava) empezó a producir su atmósfera en un largo ciclo de cambios con los procesos de cambio consecuente, presiones y revoluciones de la esfera terrestre. Esa idea que describe Henoc, del caos haciéndose seco o sólido, concuerda con los otros pasajes del relato de Moisés, por lo que podemos aducir que los cambios se sucedían unos tras otros, pero la secuencia no necesariamente era según la finalización de una era para empezar la siguiente, sino incluso muchas empezando antes de concluir la otra. ¿En qué difiere toda esta historia de la versión científica sobre la formación geológica de la Tierra? Realmente en prácticamente nada, salvo que estos pueblos ya lo sabían miles de años antes de la ciencia actual.

Los traductores bíblicos tradujeron ‘Rakia’ de diversas maneras, desde ‘bóveda’ (Reina Valera de 1995) o ‘expansión’ (Reina Valera de 1960), pero desde la traducción de los Setenta se aceptó la idea de ‘Steréoma’ (firmamento, firmeza, firme), como lo hizo mucho después Jerónimo al latín: ‘Firmamentum’ (versión Vulgata). Muchos son los textos, sea hebreos o no - especialmente del profeta Henoc - que abordan el tema de cómo el “espíritu” de Dios formó la atmósfera – o “cielo” según vocabulario “bíblico” – y lo diseñó de

esta perfecta forma esférica recubriendo la superficie de nuestro mundo. La palabra misma, Rakia, deriva de la raíz 'Rek' (vacío), ya que en cierto modo las capas de la atmósfera, aunque están llenas de gas, aparentemente son un vacío sobre nosotros, como si estuviésemos dentro de un gran globo transparente lleno de aire o de helio, porque el gas es invisible, aunque ocupe espacio. Ahora bien, toda esa masa gaseosa no dejaba de ser parte de esas aguas primordiales, aun cuando a simple vista nuestra percepción de las cosas no nos haga imaginarnos esto así.

Dicha situación incluso responde al ciclo hidrológico, donde las mágicas nubes juegan un papel trascendental, y ese “espíritu” invisible que motiva la vida lleva las corrientes de viento del sur y del norte, del este y del oeste, sea en la atmósfera o en los fondos oceánicos; mantiene las nubes que nacieron con la formación atmosférica en su altura gracias a la presión y el clima, promueve las precipitaciones que nutren la tierra firme, lleva el agua dulce en descenso hasta el mar y nuevamente la sublimación en el océano vuelve a llevar las partículas líquidas hacia las nubes. Con toda razón dice el texto que “se separen las aguas de las aguas”.

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת־הַרְקִיעַ וַיְבַדֵּל בֵּין הַמַּיִם אֲשֶׁר מִתַּחַת לָרָקִיעַ וּבֵין
הַמַּיִם אֲשֶׁר מֵעַל לָרָקִיעַ וַיְהִי־כֵן:

En el séptimo versículo de Génesis 1, nos dice el texto hebreo, «ve.ias Elohim et-ha.rakia ve.ibdel bein ha.maim asher mi-

tajat le.rakia ve.bein ha.maim asher meal la.rakia ve.iehi-ken», que en pocas palabras quiere decir que fue hecho ese “firmamento” y se separaron las “aguas” que estaban bajo el firmamento, que así quedaron, pero, asimismo, las “aguas” de arriba, sobre ese “vacío”. Se puede suponer que ciertas “aguas” fueron a parar más allá de este mundo, en el cielo, como algunos hemos sugerido alguna vez, dando formación a otros planetas (como es el caso de los “acuosos” o mega “gaseosos” que están más allá de la Tierra: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno (planeta que, empero, se identifica como “el mar del cielo” en la cultura védica, y que los griegos llamaban ‘Poseidón’)). Sin embargo, lo que más sencillo se puede considerar es que estemos hablando del O3 (la capa de ozono). ¿Solo esa capa? No, el contexto de la atmósfera como masa gaseosa.

De manera que, así como antes del Día Uno (primera era definida, Eón Uno) era el universo espiritual, posteriormente el “vacío” en este universo, seguidamente la aparición de la luz (Big Bang, estrellas, etc.) y luego la materia configurándose, en el Segundo Eón se estructuraron los “Aretz”, o masas físicas, que gracias a la ley de gravedad tomaron la forma esférica y separaron su sustancia por peso, dando lugar a las capas exteriores planetarias: atmósfera. No todos los planetas parecen seguir el mismo modelo y ser un paraíso, pero la idea da a entender que siguen el mismo patrón (lo cual según las leyes de la física tendría mucho sentido).

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לְרָקִיעַ שָׁמַיִם וַיְהִי־עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם שֵׁנִי:

El verso 8 nos dice, «ve.ikra Elohim la.rakia shamaim ve.iehi-ereb ve.iehi-boker iom sheni», cosa que define que la ‘Rakia’ recibió el título, nombre, designación o identidad de ‘Shamaim’. Así concluía este Segundo Eón, pero el problema acá es que antes de empezar los “días”, ya se había dicho que la Shamaim, así como la Aretz, habían sido creadas. Es más, se daban explicaciones sobre el estado en que estaba esa materia, o ‘Aretz’, que vino tras el Shamaim, por lo que, este “otro” Shamaim parece emular el primero o ser una imagen “inferior” del mismo. Si observaron en las citas anteriores, se hablaba constantemente el “nombre” que fue antes de todas las cosas y del cual emanan. Justamente “nombre” en lenguas semíticas es ‘Shem’, que también se lee como ‘Sham’ (allá), y que da lugar al vocablo ‘Shamaim’. Aunque en hebreo “nombres” es ‘Shemot’, en plural femenino, no en plural masculino, cabe notar que ‘Shamaim’, o ‘Shemim’ fuese una idea de ‘nombres’ (identidades, destinos) proyectados de ese Shem original, siendo dicho Shem original el motor de todos los demás.

Muchos manuscritos nos dicen que el cielo está lleno de cielos, ¿y en qué consisten esos cielos? Evidentemente esta es una precaria definición que engloba lo que ahora con muchas palabras sabemos definir del universo. Si este Shamaim es todo el espacio que engloba la atmósfera de los planetas, sus órbitas, sus dimensiones y/o todo lo anterior, estas descripciones cobran un fascinante sentido, ya que encajan a la perfección con todas las escrituras que abordan dicha materia. Incluso las descripciones sobre “vórtices” o “espirales” explican ese movimiento del “espíritu” fluyendo en todo y motorizándolo todo: «Como se ve el poder del torbellino recogiendo el polvo de la tierra, y la conducción juntos, sabe que del mismo

modo es reunida la ji'ay, a'ji y nebulosas en el firmamento de los cielos; por el poder del torbellino puedo crear los soles corporales, lunas y estrellas. Y dije al hombre el nombrar los torbellinos en el firmamento Etherean, y los nombró de acuerdo a su forma, que califica de vórtices y wark.» (Oahspe, revelación de 1882)

Día Tres

Cuando la atmósfera se formaba, también la tierra firme empezó a aparecer. La versión de Henoc nos decía que en el final del Segundo Periodo, así como se formaba la cobertura de gas de la Tierra emergía de las profundidades la masa rocosa que construiría Pangea. Mientras esto ocurría, según la versión de este profeta, los seres angélicos eran creados, y uno de ellos se sublevó y dominó los abismos: «Y para todos los ejércitos de los cielos yo imaginé la imagen y esencia de fuego, y mi ojo miró hacia lo muy duro, roca firme, y del destello de mi ojo el relámpago recibió su maravillosa naturaleza, cual son ambos fuego en agua y agua en fuego, y uno no pone fuera al otro, ni hace el uno secar al otro, por lo tanto el relámpago es más brillante que el sol, más suave que el agua y más firme que la roca dura. Y de la roca corté un grandioso fuego, y del fuego creé las órdenes de los ejércitos de decenas de miles de ángeles no carnales, y sus armas son fuego y su armadura una flama ardiente, y yo ordené que cada uno debe mantenerse en su orden. Y uno de entre los custodios jefes de los ángeles, se obstinó (torció) con la custodia hacia debajo y promovió [un] plan imposible: erigir su trono por encima de la Tierra considerando su fuerza comparándola con la mía, y las consecuencias de su envanecimiento con sus ángeles, y él fue [y] próspero por desgracia sobre la faz del Abismo, siempre.» (2ª Henoc 29:1-4)

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְקוּוּ הַמַּיִם מִתַּחַת הַשָּׁמַיִם אֶל־מְקוֹם אֶחָד וְתִרְאֶה
הַיַּבֶּשֶׁה וַיְהִי־כֵן

La versión de Moisés en Barashit (Génesis) 1:9, dice: «ve.iamer Elohim ivakú ha.maim mitajat ha.shamaim al-makom ajad ve.teraeh ha.ibashah ve.iehi-ken», lo cual se refiere a reunir la masa acuática o líquida que estaba bajo el cielo (es decir, lo que estaba debajo de la atmósfera) en un sitio único, y fuese visible lo seco. Dicho de otra forma, la parte más sólida se consolidó en tierra seca, ¿pero cómo, si el agua lo cubría todo? En 2ª Esdras 6:42 nos relata que «al tercer día, tú mandaste que las aguas se reunieran en la séptima parte de la tierra: seis partes tú has secado, y las mantuviste, con la intención de que algunos de estos [fuesen] labrados [y] se plantasen de Dios y pudiesen servirte.» El objetivo, según refiere el texto, era que esa 7ª parte de la Tierra fuese tierra firme para llegar a ser cultivada, y en consecuencia, para la finalidad de servir a la humanidad. Pero, si la humanidad aún no existía, al menos en este globo, es menester asumir pues que la humanidad estaba destinada a venir a este planeta, al menos partiendo de este punto, o de este momento. La idea de que la tierra compone solo una 7ª parte de la masa terrestre no habría sido aceptada por la ciencia de no ser por el descubrimiento de los océanos subterráneos que se realizó hace pocos años. Gracias a este hallazgo se supo que este planeta no es estrictamente una masa de roca recubierta de agua, sino que esta distribución no es precisamente uniforme.

Jubileos 2:5-7 - un texto atribuido también a Moisés y encontrado en las cuevas del Qumran -, sostiene: «Y el tercer día mandó las aguas para pasar de la faz de la tierra entera en un solo lugar, y la tierra seca aparecer. Y las aguas lo hicieron como él les mandó, y retiró de la faz de la tierra en un lugar fuera de esta Rakia, y la tierra seca apareció.» La pregunta a cómo esto se habría producido de forma natural entra en el enigma de la tectónica de placas. Aunque realmente es una teoría, lo que varias propuestas científicas plantean es que la fuerza de gravedad y el cambio de presión y temperatura de los elementos de la litosfera respecto de la astenósfera provocan los cambios geológicos y el desplazamiento continental. De ser esta postura correcta, coincide con los planteamientos previamente comentados, ya que las fuerzas de vórtice, la fuerza de gravedad y los cambios de temperatura y presión elevan las partes ligeras y hunden las pesadas en un ciclo permanente. Así se han creado las montañas y los continentes, y el primero de ellos: Pangea.

Mientras la roca era empujada hacia arriba por estas fuerzas, el agua se desplazaba hacia los lados, en dirección al espacio que le tocaba (porque dos cosas no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo), dando “nacimiento” al océano, masa marítima única que ha recibido el nombre de Panthalassa. De acuerdo con la cronología aceptada, todo esto fue el final del periodo Paleozoico, pero el final del Yom Shlishí (Día Tercero) no llegaba aún, sino que, comenzando la era Mesozoica “emergió” la vida: «Y así hice todos los cielos; y fue el Día Tercero», dice Henoc al referirse a toda su retahíla anterior y a la creación de los seres de esos mundos y sus dimensiones, y agrega, que «en el Día Tercero ordené para que la

Adamáh abundara de árboles grandes y prósperos y los montes, todo de pasto dulce y toda semina (semilla) sobre lo esparcido; y puse jardín y lo cerré, y custodié [con] ángeles de fuego nutridores-atentos.» (2ª Henoc 30:1) Jubileos también habla de esto, agregando que «ese día ha creado para ellos todos los mares de acuerdo a sus diferentes lugares de reunión, y todos los ríos, y las reuniones de las aguas en las montañas y sobre toda la tierra, y todos los lagos, y todo el rocío de la tierra, y la semilla que se siembra, germinación y todas las cosas, y árboles frutales, y los árboles de la madera, y el jardín del Edén, en el Edén y todos. Estas cuatro grandes obras que Dios creó el tercer día.» (Cap. 2:7-8)

Ambos escritos nos dicen que al surgir la tierra firme apareció la vida vegetal en toda su extensión – o así se da a entender -, incluyendo el jardín de Eden, pero en un periodo progresivo que pudo durar bastante tiempo. Pero, si la superficie terráquea estaba aún unida, y empezaban a separarse los continentes, ¿dónde estaba ese jardín? ¿Al oriente? Tomando como referencia los estudios sobre Pangea, el “oriente” era el mar de Tethys (o ‘Tetis’), salvo que hablase de Eurasia al norte o la India y Australia al sur. Esto hace suponer si quizás está coincidiendo con el Oahspe, el cual afirma que el primer gran continente - llamado ahí ‘Waga’ - fue disuelto, y de esta porción concreta de tierra donde se situó este jardín en particular quedaría lo que hoy llamamos ‘Japón’. Mas hay otro enigma que descubrir, ¿de dónde salieron las semillas de los árboles? Sabemos que hay plantas y árboles que dependen estrictamente del cuidado humano, y que además las semillas surgen de algún lugar. Es el mismo cuento de, “¿qué fue primero, el huevo o la gallina?”. Lógicamente debió ser la gallina, pero en este caso, ¿de dónde

salieron los árboles, arbustos, plantas y demás hierbas? Aquí es donde entra la teoría de la Panspermia, primeramente formulada por el sueco Svante August Arrhenius, premio noble de química, y defendida por Hermann Richter (aunque fue el astrónomo Sir Fred Hoyle quien la hizo popular).

De acuerdo con la teoría de la Panspermia natural, la vida llegó a este mundo desde el espacio, pudiendo provenir de uno o más asteroides que tenían esporas o células congeladas que al entrar en contacto en el terreno y condiciones propicias en nuestro globo produjeron las formas posteriormente existentes. Esto sería como una teoría de la Evolución menos convencional, salvo por el problema de que, como señala la Bio-Génesis, la vida se produce de una forma semejante que la trae a la existencia, por lo que aunque hubiese venido la vida desde “afuera” eso no explica la variedad de las especies, la inteligencia o su nivel de desarrollo, salvo que del cielo hubiese caído un arca de Noé de plantas y animales. Además de esto, la vida, aunque “se busca la vida”, para “sobrevivir” – valgan las redundancias -, depende de condiciones adecuadas para producirse, y teóricamente las bacterias no sobrevivirían a las altísimas temperaturas y a las fuerzas que intervienen en un impacto contra la Tierra. Se cree que las bacterias extremófilas sí superarían esta barrera, y recreando este escenario con moléculas orgánicas, como los aminoácidos, se ha comprobado que no solo no se destruyen, sino que comienzan a formar péptidos.

La postura más coherente es la que incluso defienden los teóricos de los Antiguos Astronautas, quienes, respaldándose de testimonios y registros antiguos, sostienen que la vida fue deliberadamente traída a nuestro mundo desde otros confines,

especialmente desde los sistemas de Orión. Así es como la teoría de la Panspermia dirigida cobra un gran sentido y puede explicar satisfactoriamente el dilema del origen de la célula y, puede, que el de los organismos complejos. 2ª Esdras 6:43-44 agrega: «Porque tan pronto como tu palabra se extendió el trabajo se hizo. Porque inmediatamente se produjeron frutos grandes e innumerables, y muchos dulces y placenteros para el paladar, y flores de color inalterable y los olores de olor maravilloso, y esto se hizo al tercer día.» La versión sumeria de este relato asimismo coincide, dando a entender que los “dioses” o seres de luz del universo vieron que este orbe ya estaba lista para sustentar un jardín paradisiaco para los dioses. Es curiosa la relación que se encuentra a la hora de ver las definiciones mesopotámicas para estos conceptos, como es el contraste entre “estepa” (‘Edin’ en sumerio; ‘Serum’ en acadio) y “tierra de regadío” (‘Gan’ en sumerio; ‘Eqlum’ en acadio). Si bien, en hebreo, ‘Gan Eden’ quiere decir ‘jardín del Edén’. También ‘Edin’ quiere decir “planicie” o “lugar plano más allá de las tierras cultivadas”.

Es curioso que la palabra indoeuropea con las mismas consonantes, ‘GHeN’ o simplemente ‘Ghn’, probablemente derive del mismo tronco del que provino la forma Gan sumeria (tierra de regadío), o hebrea (jardín, huerto). La forma sánscrita Ghen precisamente quiere decir “caos”, que posteriormente pasó a la idea de “desorden”, pero llegó al griego como ‘Gen’ (Tierra), y sus variantes: Gi, Ge, Gin, Gea, Gis, Gei, Gii. Por su parte, la palabra Edén pasó al hebreo como un coloquialismo para “paraíso”, que a su vez deriva del griego ‘Paradeisos’, y éste del persa ‘Pardes’. Es incluso concebible que la propia raíz tuviese el mismo origen que dio lugar a

la forma hebrea Gai, o Gia, que significa “valle”. Todo esto nos lleva a la lógica conclusión de que nuestra esfera era un mundo acuático que resaltó como un paraíso cuando las montañas y tierra firme emergieron, y la vida vegetal exuberante pronto lo llenó todo, y según parece especialmente hacia el oriente.

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים | לַיַּבְשָׁה אֶרֶץ וּלְמִקְוֵה הַמַּיִם קָרָא יַמִּים וַיֵּרָא אֱלֹהִים
כִּי־טוֹב

En este verso 10 dice el texto, «ve.ikra Elohim la.iabeshah Aretz ve.la.mikuh ha.maim kará iamim ve.irá Elohim ki-tob», refiriéndose a que la extensión seca del mundo recibió el nombre de ‘Aretz’ (Tierra, ‘Eridu’ en sumerio), mientras la zona donde se reunían en una sola masa todas las aguas, fue llamado ‘Iamim’ (Mares). Según la historia sumeria, Eridu, fue la primera ciudad que fue establecida en la Tierra, el lugar que inicialmente se fundó al verse que la superficie era estable y habitable. El libro ‘Mesopotamia y el Antiguo Oriente Medio’ (1992) evoca las palabras relativas a una antigua inscripción sumeria, que dice: «No había crecido una caña; no había sido creado un árbol; no había sido hecha una casa; no había sido hecha una ciudad; y las tierras eran mar, cuando Eridu fue creada.» Varias veces se haya esta descripción de que el mundo era mayormente agua, y la primera parte que sobresalió fue esta planicie, que parecía resaltar desde la zona de Mesopotamia hasta Japón; posteriormente el resto de Pangea fue saliendo a “flote”.

Las leyendas de los Akpallu o Anedoti, del dios Oannes y otras narrativas babilonias también hablan del mundo acuático, de la era del reinado del dios del mar Ea (luego regente en tierra firme como Enki), quien construyó su primer asentamiento en mar adentro, analogía de la historia griega de cómo Poseidón edificó la Atlántida. De hecho, Enki habría sido el responsable de la creación de los ríos de Mesopotamia, por medio de un largo proceso de drenajes, desviación del agua y canales, similar al mito egipcio de Ptah, creador del Nilo (algunos creen que Enki, Poseidón y Ptah fueron la misma persona). Pero si ahora estaban definidos claramente la Aretz (tierra firme) y los lamim (la extensión oceánica total), con esos nombres, ¿cómo es que el inicio de Génesis viene a decir que fue en ese entonces que fue creada la “Aretz”, y no tres “eones” después? Había unos Shamaim y una Aretz que existían – y probablemente aún existen – antes de la existencia de este universo, y los Cielos y la Tierra que ahora existen, son imagen de aquellos que primero eran antes del tiempo y el espacio. ¿En qué proporción pudo ocurrir esto? ¿Cuántas veces pudo ocurrir esto o estará repitiéndose este patrón en este o más universos? Un cielo y una tierra eternos crean un cielo (dimensiones, planos, órbitas) y una tierra (materia) en el universo y esos cielos y tierra crean muchos como los nuestros: planetas (Aretz con sus Shamaim).

Con estas palabras nos deleita la tablilla sumeria más antigua encontrada: «Los reptiles verdaderamente descendieron. La tierra está resplandeciente como jardín bien regado. En aquella época Enki y Eridu no aparecían. La luz del día no brillaba, la luz de la luna no emergía.» Ni siquiera aún estaban los planetas, pero ya la Tierra había empezado a florecer y era un bello jardín, hermoso. Sin luz

solar, ¿cómo crecían las plantas? ¿Cómo hacían la fotosíntesis? Sin luz, ¿cómo se realizaba este proceso de cambio de energía lumínica en energía química para producir carbono? ¿Por absorción de energía geotérmica? ¿Por síntesis de materia inorgánica? ¿Por radiación derivada de rayos cósmicos? Nada de esto está del todo claro, pero hay muchos registros sobre plantas y árboles que crecen en condiciones de casi ausencia permanente de luz, o al menos en gran medida. Podrían crecer y entrar en fase de letargo, pero, para el mero hecho de producirse el crecimiento necesitan seguir una fuente de luz. El texto sumerio sostiene que la tierra estaba “resplandeciente”, pero parece usar este epíteto en el sentido de describir la belleza del hábitat vegetal.

Una hipótesis, aunque un tanto atrevida, sería considerar que los posibles sembradores de la vida vegetal hubiesen traído semillas capaces de absorber la energía de la propia geotermia o de radiación cósmica, o haber introducido semillas creadas con esta capacidad. Todo esto suena un tanto loco, pero justamente un factor que resalta de las plantas y árboles carentes de luz es que su crecimiento aumenta más de lo normal por una reacción normal cuya finalidad estriba en la necesidad de extender su tronco en busca de luz. Si algo nos han inculcado desde niños en el colegio es que la era Mesozoica resaltó por el brote de formas de vida de un tamaño sobrenatural, fuese en plantas y árboles o en animales.

El equilibrio del carbono en nuestro planeta proviene mayormente de la fotosíntesis que realizan en el medio acuático las algas, las cianobacterias, las bacterias rojas y las bacterias púrpuras y bacterias verdes del azufre. Esto podría explicar que las condiciones fuesen propicias desde antes de la aparición de las plantas terrestres,

aún cuando no hubiese luz solar. El milenarismo texto egipcio de Hermes Trismegisto, ‘Corpus Hermeticum’, nos dice que «hay un lugar, más allá del Cielo, lugar sin estrellas y apartado de todas las cosas corporales. Hay otro Dispensador que está entre el Cielo y la Tierra, al que llamamos Júpiter. En cuanto a la tierra y el mar, están bajo el dominio de Júpiter Plutonio que nutre a los seres vivos mortales y a los que producen fruto. Son las energías de todos ellos las que otorgan la subsistencia a la tierra, los frutos y los árboles.» (Tratado de Hermes a Asclepio. Verso 27) ¿Estarían estos cuerpos siendo formados apenas y su energía ya influyendo en nuestro orbe?

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים הָאָרֶץ דָּשָׂא עֵשֶׂב מְזֵרִיעַ זֶרַע עֵץ פְּרִי עֵשֶׂה פְּרִי
 לְמִינּוֹ אֲשֶׁר זֶרְעוֹ-בּוֹ עַל-הָאָרֶץ וַיְהִי-כֵן:

Génesis 1:11 agrega el relato de la producción de árboles, semillas y frutos como cosa que debe darse en un sentido de “verdor”: «reverdezca la Tierra». Podemos leer: «ve.iamer Elohim tadeshe ha.aretz deshe esheb mazria zera etz pri oséh pri lemino asher zaró-bo al-ha.aretz ve-iehi-ken», donde hay varias palabras que se traducen diferente, aunque son lo mismo o a penas varía su raíz. Por ejemplo, se afirma que se debe hacer ‘Tadeshe’ - de la forma ‘Deshe’ (producir, pulular) - de ‘Esheb’ (pasto, hierba, vegetación). Como vemos, el cognado de ‘Deshe’ y ‘Esheb’ es semejante, y algo similar pasa con la forma ‘Mazria’ (con semilla, de semilla) y ‘Zera’ (semilla, descendencia), que acompañan a estas palabras en esta frase. Afirma que estas semillas de de “árboles frutales” que a su vez

produzcan también productos que posean también semillas, y que todos estos sean de diversas especies, según el tipo de semilla, y todo esto ocurriese sobre la Tierra.

וְתוֹצִיא הָאָרֶץ דְּשֵׂא עֵשֶׂב מִזְרִיעַ זֶרַע לְמִינֵהוּ וְעֵץ עֹשֶׂה-פְּרִי אֲשֶׁר
זֶרַע-וִבּוֹ לְמִינֵהוּ וַיֵּרָא אֱלֹהִים כִּי-טוֹב:

El verso 12 de Génesis 1 nos dice: «ve.totzé ha.aretz deshe esheb mazrea zera laminehu ve.etz oséh-pri asher zaró-bo leminahu ve.irá Elohim ki-tob», y podemos apreciar que primero se da una orden, luego se ejecuta la orden, cosa que sugiere una determinación que viene de “arriba” y que posteriormente se lleva a cabo. Es decir, no es algo que produce la “mente de Dios”, ya que, jugando a esta idea, ¿por qué dios tendría que decir nada, o darle una orden a la Tierra como si la Tierra pudiese crear algo por sí sola? Esto quiere decir que deliberadamente se dio la orden para que en nuestro mundo hubiese árboles frutales con su información genética que produciría frutos que a su vez, según su propia tipología, producirían más árboles frutales de su correspondiente especie. Además, si es algo que viene de Dios, ¿por qué tiene que “ver” que al final resulta “bueno”? ¿Y es que acaso de Dios iba a venir algo malo o salir algo mal? Lo que da a entender es que el proyecto que manda a desencadenarse sale bien, resulta ser un éxito.

וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר יוֹם שְׁלִישִׁי

Así, con estas palabras, Moisés termina el relato de las cosas que ocurrieron en ese Tercer Eón, que para nosotros podría indicar todos los periodos de la era Paleozoica y Mesozoica. Esto no solo se asume por las cronologías del origen de Pangea y Panthalassa, sino por el mismo hecho de que los fósiles de árboles más remotos se han hallado desde periodos que van de los 140 a los 300 millones de años. Precisamente el final del Paleozoico fue el Pérmico, hace unos 286 millones de años, y las eras del Mesozoico (Cretácico, Jurásico y Triásico) abordaron de los 144 a los 248 millones de años. Eso no quiere decir que las plantas apareciesen inmediatamente cuando la tierra emergió, por lo que el tiempo que fuese que tardó la “vida” en ser sembrada acá y se llevaron a cabo con éxito estos “experimentos”, pudo ser a lo largo de todo el Mesozoico. Así la vida habría ido evolucionando, no sola, sino a través de mejoras realizadas por aquellos que respondían a las directrices de “elohim”.

Día Cuatro

Una vez transcurridas estas tres eras - desde el origen del universo del que nos narran dichas historias - parece haber llegado el momento en que las grandes esferas lumínicas y planetas comenzaron a fijarse en órbitas específicas. Así describe Henoc este desarrollo: «Y en el yom cuarto ordené que hubiesen los luminares los grandes en los círculos de los Cielos.» (2º Henoc 30:3) Nos habla en hebreo de 'Jugei', de la forma 'Jug' (círculo), pero, ¿qué son los "círculos" de los cielos? ¿Podría referirse a las cosas "circulares" que hay en los cielos? De ser así, podría estar hablando de planetas y estrellas. Para la astronomía contemporánea, se podría considerar que los "círculos del cielo" pudiesen ser los mecanismos estelares, tales como los movimientos orbitales, los viajes locales de los sistemas estelares, los viajes galácticos de los sistemas locales, la propia rotación galáctica o el movimiento de galaxias locales. En el caso de Henoc, parece describirnos lo mismo que Moisés, hablando de las «meorot ha.gdolim», o "grandes luminarias". No obstante, ¿por qué dice "grandes luminarias" y no "estrellas" (kokabim)? Las kojabim, o Kokabim, pueden entenderse tanto como planetas como estrellas, pero las Meorot identifican algo más allá de esto, empezando por el hecho de que varios juegos de palabras están aquí implícitos.

El vocablo 'Meorot' es un plural de 'Meoré', que a su vez deriva de la forma 'Aor' u 'Or' (luz), por lo que quiere decir que son "portadoras de luz" o "dadores de luz". Sería más acertado traducirlo como "las que proveen luz" o "las que son luminosas". Dentro de los

propios conceptos fonéticos, Meoré se asemeja a la forma ‘Moréh’ (maestro, profesor), indicando una semejanza con la idea de “guía”. 2ª Esdras 6:45-46 nos dice que «el día cuarto tú ordenaste que el sol debía brillar y la luna daría su resplandor, las estrellas debían estar en orden. Y les diste una carga para el servicio al hombre, que iba a ser hecho.» Aunque ya había quedado claro con los frutos que iba a producir la vegetación, ahora los astros complementaban este trabajo. Pero si la analogía entre estrellas y ángeles ya se entendió que giraba en torno a los yom Uno y Dos, ¿habría también aquí una relación? Podríamos pensar que la Tierra – o “Tierras” – fue provista de rectores para velar por lo que había de ser llevado a cabo, y esto coincide con las referencias que hemos observado en los procesos que tuvieron lugar a lo largo del yom Tercero. Ergo, asimismo nos parece decir directamente que tanto el Sol, como la Luna y las “estrellas” fueron “fijadas” por una ley. Estos dos textos no nos dicen que estos cuerpos fueron creados, sino que se les mandó hacer su “trabajo”: iluminar. Esto hace suponer que dichos astros existían previamente pero no habían iniciado su labor.

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי מְאֹרֹת בְּרָקִיעַ הַשָּׁמַיִם לְהַבְדִּיל בֵּין הַיּוֹם וּבֵין
הַלַּיְלָה וְהָיוּ לְאֹתוֹת וּלְמוֹעֲדִים וּלְיָמִים וּשְׁנָיִם:

Moisés escribió en Génesis 1:14, «ve.iamer Elohim iehi meorot ba.rakia ha.shamaim lehabdil bein ha.laila ve.haiu leotot ve.lemoadim ve.leiamim ve.shanim», y si entendemos que el tiempo

y el espacio gira en torno a la existencia de masas, este pasaje afina a la perfección, ya que sostiene que se dijo que debía haber Meorot en el firmamento, o espacio, de “los” cielos – hablando en plural – con la finalidad de “separar” la Laila (noche) y ser “signos” para los “iamim” (días, ciclos, eras, eones) y “shanim” (años). Las posiciones de estos cuerpos “dividirían” la oscuridad y definirían los ciclos del tiempo. Pero, ¿por qué dice “rakia ha.shamaim” (firmamento de los cielos)? Si hay un cielo superior y otro definido como nuestra atmósfera, ¿cuál es la Rakiá de esos shamaim? Definitivamente el espacio - o “vacío” – que hay en todos los cielos, cosa que nos refuerza la idea ya aceptada de que el cielo está lleno de sistemas estelares, y vuelve a enfatizar en que los cielos son los lugares que abarcan el infinito.

וְהָיוּ לְמְאוֹרֹת בְּרָקִיעַ הַשָּׁמַיִם לְהָאֵיר עַל־הָאָרֶץ וַיְהִי־כֵן:

En el relato de Moisés parece englobarse a todos los cuerpos celestes como ‘Meorot’, por lo que entran en la descripción el ‘Shemesh’ (sol), la ‘lareja’ (Luna) y las ‘Kojabim’ (estrellas, planetas). Ahora bien, ¿este patrón se repite por todo el universo o solamente en nuestro sistema solar? Siendo metódicos en el análisis, debemos considerar que el nombre ‘Sol’ es nórdico, mientras ‘Shemesh’ deriva del acadio ‘Shamash’, y éste del sumerio ‘Utu’ (los griegos lo denominaban ‘Helios’, y no estaban muy errados, toda vez que el sol supuestamente se mantiene incandescente debido a la fusión de helio). El vocablo ‘Shamash’ o ‘Shemesh’ quiere decir “identifica fuego” o “quien tiene por nombre el fuego”, aún Henoc dice que también recibe el nombre de ‘Ur-Jamá’ (‘luz ardiente’ o ‘luz

caliente'). Por su parte, se denomina 'lareja' o 'lareaj' a la Luna por la definición del "mes", mientras según Henoc ésta tiene también el nombre de 'Lebaná' (blanca), y se la llama lareaj por definir los ciclos de 30 días que separan el año en 12 partes. Entonces el Sol fija las 12 horas del día y el tiempo de un día total (24 horas), la Luna con sus fases las etapas del mes, mientras los otros astros definen los otros ciclos: los planetas de nuestro sistema marcan las eras y etapas más detalladas de ciclos más largos y encriptados, mientras los grupos estelares que llamamos 'constelaciones' definen los otros, y además, las eras aún más largas y el viaje total del sol, o el ciclo completo solar.

Empero, los astros definen el tiempo, pero además iluminan la Tierra. 2^a Henoc 30:4 dice: «En el círculo, el primero, el más alto coloqué la estrella Shabetai, en el segundo arriba coloqué a Noga, en el tercero Maedim, de cuarto Shemesh, de quinto Tzedek, de sexto Kojab, de séptimo lareaj; y en las estrellas, las pequeñas, las espléndidas, esas las aéreas, las últimas-finales.» Estos son los nombres hebreos de los planetas de nuestro sistema solar hasta 1780, cuando se descubrió Urano, y luego Neptuno en 1846. Shabetai es Saturno; Noga es Venus; Maedim es Marte; Shemesh es Sol; Tzedek es Júpiter; Kojab es estrella y, asimismo, el nombre que recibe Mercurio; lareaj es Luna. Este orden que Henoc da es extraño, ya que no corresponde con la secuencia de tamaños de estos cuerpos ni su ubicación en el sistema solar, por lo que podría referirse a su estado inicial. Lo que sí es evidente es que si antes nos preguntábamos por esos "círculos" de los cielos, estos 7 cuerpos espaciales iban distribuidos de mayor a menor en ese orden. Además de que nada se dice de Urano y Neptuno - al menos hablando de aquella era de la

creación del sistema solar - se menciona a otras “estrellas” o “planetas” que son “pequeños” - lógicamente en relación a los anteriores -, descritos como “espléndidos” que se hallan “al final”, o que son los “últimos”.

No está claro si nos habla de exo-planetas, de planetas enanos del sistema solar y/o de satélites naturales, pero dice que son de ‘ha.Avir’ (del aire). No tendría sentido que estuviese insinuando que hay planetas o estrellas pequeñas en nuestra atmósfera, pero si recordáis las tesis en ‘La Rebelión de Sakla III’ y ‘Trascendencia’, podréis recabar los datos sobre las “regiones del aire”, que es la manera de referirse al espacio exterior más cercano a nuestro orbe, es decir, lo que en cierta medida podríamos definir como los primeros cielos de la Tierra. Los pueblos antiguos se referían al espacio de la Esfera estelar como las regiones del aire, y que podríamos decir que es todo aquello que, incluida la Tierra, engloba el espacio que llega más allá de las 12 constelaciones del zodiaco y los 36 decanos. Sea que se refiera a cuerpos de este sistema, o a las constelaciones (a las que definiría como “pequeñas” por la distancia – siendo una conclusión honestamente ridícula -), el hecho es que engloba a todos estos astros. La mención de Moisés en Jubileos 2:8-11 tampoco da demasiados detalles de más: «Y el cuarto día que creó el sol y la luna y las estrellas, y ponerlos en la expansión de los cielos, para dar luz a toda la tierra, y en el día y la noche, y dividir la luz de las tinieblas. Y Dios designó el sol para ser un buen signo en la tierra por días y para los días de reposo y durante meses, y para celebraciones y durante años y años de días de reposo y para aniversarios y para todas las estaciones del año. Y que separa la luz de las tinieblas [y] de la prosperidad, que todas las cosas puedan

prosperar y crecer disparadas sobre la tierra. Estos tres tipos hizo el cuarto día.»

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת־שְׁנֵי הַמְּאֹרֹת הַגְּדֹלִים אֶת־הַמְּאֹר הַגְּדֹל לְמַמְשֶׁלֶת הַיּוֹם וְאֶת־הַמְּאֹר הַקָּטָן לְמַמְשֶׁלֶת הַלַּיְלָה וְאֵת הַכּוֹכָבִים:

El verso 16 de Génesis 1 dice, «ve.iás Elohim et-shnei ha.morot ha.gdolim et ha.maor ha.gadol lememshelet ha-iom ve.et-ha.meor ha.katan lememshelet ha.laila ve.et ha.kokabim», cita que reza que la mayor Meorá tiene por objetivo señorear o gobernar sobre el Yom (eón, día), mientras la menor lo tiene sobre la Laila (noche). Estas dos son las Meorot clave, y luego ya están las kokabim, que, como hemos visto, definen el resto de meorot, sea planetas o estrellas. Como se ve en la siguiente cita que dice «ve.iten otem Elohim ba.rakia ha.shamaim lehair al-ha.aretz», observamos que fueron designados para “iluminar” sobre la Tierra, y así como en el texto de Henoc, hallamos el vocablo ‘Air’, pero interpretado como la conjugación de la forma ‘Aor’ (luz), en el sentido de iluminar, por lo que tendría un doble significado: región del aire e iluminar (tengamos presente que las estrellas y la Luna iluminan el cielo nocturno – especialmente Selene por su cercanía y en consecuencia por su volumen -, aunque no la Tierra, pero el Sol sí, ya que dada su cercanía los fotones golpean toda la atmósfera iluminándola, de manera que producen el efecto de “luz del día”). Moisés dice, pues, en caracteres hebreo, éste en el vero 17:

וַיִּתֵּן אֲתָם אֱלֹהִים בְּרִקְיעַ הַשָּׁמַיִם לְהָאִיר עַל־הָאָרֶץ

2ª Henoc 30, por su parte, agrega: «Y custodia sobre los Cielos para iluminar el Día y sobre la Luna y sobre las estrellas para alumbrar sobre la Noche. Y el Sol debe ir por todo el círculo [de las constelaciones] del zodiaco; y 12 circulan el zodiaco giran [en torno] a la Luna; y obran de acuerdo al significado de sus nombres y truenan conforme al círculo del zodiaco que está frente a ellos, y [la] ley de sus horas conforme a su rotación.» (Vers. 5-6) Es fascinante ver que ya en ese entonces se supiese que el sol realiza un viaje alrededor de las constelaciones, ya que es un concepto que sería difícil saber sin un sistema computarizado, toda vez que consiste en un ciclo de 2.150 años por cada casa, siendo en total de cerca de 25.800 años (irónicamente este es el tiempo total respecto de la precesión de los equinoccios, y el ciclo que muchos consideran que corresponde con el viaje del Sol alrededor de Alción, que sería la estrella central de las Pléyades, siendo el sol la 8ª de dicho grupo). Como en el caso anterior, Moisés reitera en el capítulo 1:18 que el papel de estos astros reyes es dominar en el Yom y en la Laila, y separar entre Luz y entre Tinieblas, viéndose como algo positivo:

וְלִמְשַׁלׁ בַּיּוֹם וּבַלַּיְלָה וּלְהַבְדִּיל בֵּין הָאֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ וַיִּרָא אֱלֹהִים
כִּי־טוֹב

Las descripciones que da Henoc sobre las ‘Meorot’ son claramente un tratado de astronomía de miles de años de antigüedad: «Observad todas las cosas que ocurren en el Cielo, cómo las luminarias del Cielo no cambian su camino en las posiciones de sus luces y cómo todas nacen y se ponen (instalan), ordenadas cada una según su estación y no desobedecen su orden.» (1ª Henoc 2:1) ¿Las posiciones de sus luces? Acorde a lo que nos dice este legendario profeta, las Meorot están establecidas en sitios específicos, no en un orden aleatorio, y su intensidad de luz (magnitud) está deliberadamente fijada según una pauta o prerequisite. Además de esto, Henoc habla de las Meorot como si se tratasen de “conciencias”, no meras esferas de luz (dando por sentado que hablemos también aquí de ‘esferas’), y que definitivamente participan de la realidad existencias e incluso de las determinaciones universales y el derecho libre albedrío: «Rauel» es «uno [de] los malajím (mensajeros), sagrados, el [que] toma venganza del mundo [de] las luminarias». Si las Meorot no tuviesen conciencia o acciones conscientes, ¿cómo iban a hacer algo que llevase al arcángel Rauel ha “vengarse” de ellas, o tomar represalias? Es claro que la estrecha relación entre la idea de Meorot (luminaria, lumbrera) y Kokabim (estrella) con la de Malajim (ángel) es tan estrecha que parece indicar incluso que estas estrellas son una manifestación elevada de conciencia y/o una conciencia en torno a la cual hay conectados y enlazados seres conscientes.

Para quienes dudan de esta relación, e incluso del hecho de que los “cielos” son efectivamente porciones del universo en relación con planos y dimensiones que se entrelazan con lo físico, psíquico y

etéreo, Henoc tiene unas palabras muy constructivas: «El ángel Miguel me tomó de la mano derecha, me levantó y me condujo dentro de todos los misterios (secretos) y me reveló [...] los secretos de los límites del Cielo y todos los depósitos de las estrellas, de las luminarias, por donde nacen en presencia de los santos. Él trasladó mi espíritu dentro del Cielo de los Cielos y vi que allí había una edificación de cristal y entre esos cristales, lenguas de fuego vivo.» (1ª Henoc 71:3-5) No solo vuelve a hacer diferencia entre Kokabim y Meorot, sino que dice que los ángeles están delante de estas “conciencias” que son creadas, entiéndase en el lugar donde son creadas. ¿Dónde se crean las estrellas y los planetas? A menos de que sean producidas en otro universo y se las escupa a éste, parece notorio que hay una interacción de mundos, y esto se desarrolla en “los cielos” de alguna estancia perceptible.

Otra explicación aún más eficiente es que, como explica el Oahspe, hay astros que tienen doble composición y han sido producidos de los mundos etéreos para iluminar y despertar conciencia en los mundos físicos. Oahspe también aclararía que habiendo 3 esferas de realidad (corpórea, atmosférica o psíquica, y etérea), este tipo de cuerpos espaciales se desarrollarían entre estos niveles (siendo las nebulosas – la cuna de formación de estos astros – de naturaleza atmosférica, o psíquica). En el ‘Libro de las Luminarias del Cielo’, Henoc describe cada secuencia, ciclo y periodo, tanto del Sol como de la Luna, y el establecimiento que tienen y los ángeles que los dirijan para que cumplan su objetivo: «El Libro del Movimiento de la Luminarias Celestiales, las relaciones entre ellas, de acuerdo con su clase, su dominio y su estación, cada una según su nombre y el sitio de su salida y según sus meses, las cuales Uriel, el

santo malaj que estaba conmigo y que es su guía, me mostró y me reveló todas sus leyes exactamente como son y cómo se observan todos los años del mundo, hasta la eternidad, hasta que se complete la nueva creación que durará hasta la eternidad. Esta es la primera ley de las luminarias, la luminaria del sol, que tiene su nacimiento en las puertas orientales del Cielo y su puesta en las puertas occidentales del Cielo. Vi 6 puertas donde el sol nace y 6 puertas donde el sol se oculta, y la luna nace y se oculta por esas puertas, así como los líderes de las estrellas y quienes los guían a ellos.» (1ª Henoc 72:1-3)

Luego agrega sobre esta “Lumbrera Mayor”: «Primero allí aparecía la gran luminaria cuyo nombre es Shemesh (el sol) y cuya circunferencia es como la circunferencia del Cielo y está totalmente lleno de un fuego que alumbra y abrasa. El Ruaj lleva el carro en el que él asciende y el sol se oculta y retorna a través del norte para regresar al oriente y es conducido para que entre por esa puerta y brille en la faz del Cielo.» Si la Lumbrera Mayor tiene una “circunferencia” que es equivalente a la “circunferencia del cielo”, esto coincide con la revelación de Sofonías y la de Baruc sobre el viaje de estos caballeros a los cielos, ya que definen tales cielos como “espacios en el espacio”, pero en varias dimensiones, y afirman que la “distancia” de la Tierra al Sol es como el tamaño de ese cielo. Pero, ¿qué parámetro determinaría la magnitud o proporciones de cada cielo? Según parece, la propia esfera planetaria o estrella. Oahspe llama a las astros de etérea, ‘Fotosferas’, e igualmente está de acuerdo con que planetas, estrellas o soles y fotosferas – o a la inversa – son el eje en torno al cual se envuelven dimensiones, una sobre otra, creando lo que podría imaginarse como una capa o

manto tan grueso que visto con ojos espirituales a gran distancia, la propia esfera planetaria sería casi como un punto minúsculo al lado de su correspondiente cielo (o cielos dentro de su cielo).

El papel del Sol, como el de la Luna, sería, efectivamente, contrarrestar fuerzas invisibles, energéticas y potenciales, evitando que el caos y la oscuridad, con todos sus poderes sombríos, hagan desaparecer el equilibrio y el orden. Por esa razón vemos descripciones tan aparentemente incoherentes como decir que el sol vigila el día y la noche, siendo que él es el que determina esto. Pero si entendemos que Día y Noche son conceptos, tiene total sentido que el Sol y la Luna tengan su papel estratégico y decisivo en este balance: «Ésta es la ley del recorrido del sol y su retorno, según la cual el vuelve y nace 60 veces, así la gran luminaria que se llama sol, por los siglos de los siglos. La que se levanta es la gran luminaria, nombrada según su propia apariencia, como lo ha ordenado el Señor. Así como nace se oculta, sin decrecer ni descansar, sino recorriendo día y noche; y su luz brilla 7 veces más que la de la luna, aunque al observarlos a ambos tengan igual magnitud.» (1ª Henoc 72:35-37)

Por último, y para no extenderme mucho más, comentaré que la Luna es un “satélite” de referencia respecto de las constelaciones del zodiaco y la Tierra, una influencia electromagnética para los campos de energía de la Tierra, y todo esto, en relación con el control de los poderes y fuerzas que rigen el caos (ya que la fuerza magnética, fotónica y gravitatoria - estando relacionadas – son bloqueos para “puertas” o portales que se abren y se cierran en sus pasos, convergencias, alineaciones, sombras (eclipses) y movimiento, como un gran reloj de engranajes, para permitir el tránsito de unos u otros poderes de los planos de realidad

invisibles que mantienen la balanza del cosmos): «Después de esta ley, vi otra ley, que trata sobre la pequeña luminaria, cuyo nombre es luna. Su circunferencia es como la circunferencia del Cielo y el carro en el cual monta y la luz le es dada con medida; y cada mes su nacimiento y su puesta se modifican; sus días son como los días del sol y cuando su luz es plena, es la séptima parte de la luz del sol.» (Cap. 73:1-3) Si también la Luna tiene la circunferencia semejante a la del cielo, quiere decir que pertenece a este mismo cielo del que se está hablando o, más probablemente, tiene un campo de extensión que en proporción sigue la misma secuencia de los mundos espirituales que están en los planos superiores de las esferas “físicas”.

Un ejemplo de todo esto lo podemos sacar del tratado Pistis-Sofia, donde Valentino nos permite saber palabras del señor Jesús sobre las batallas celestes: «Y sus ángeles, y sus eones, y sus arcángeles, y sus arcontes, y sus dioses, y sus señores, y sus fuerzas, y sus luminarias, y sus antepasados, y sus triples poderes, vieron que yo era luz infinita, al que ninguna especie de luz es ajena.» (Cap. 3:20) En este manuscrito de la Biblioteca de Nag Hammadi se lee que Jesús describe todos los espacios de conciencia y envoltura de cuerpos espaciales como ‘esferas’, y además habla del “firmamento” como un espacio esférico que es limitado a la altura de lo que se podría interpretar como el límite de este sistema solar; luego, otra esfera sería la que engloba a la anterior, siendo algo como un espacio donde residen otros sistemas estelares, y sobre éste, otra esfera, que sería el círculo de las constelaciones del zodiaco. Además de hablar de Marte, Mercurio, Venus, Júpiter y Saturno como conciencias que se interrelacionan con las 12 constelaciones y los 36 decanos, Jesús

en este texto es muy enfático al dejar constancia de que todos estos cuerpos celestes son balizas o puntos de partida de las esferas de existencia y del destino, siendo operado todo desde distintas dimensiones: «Y hubiera pasado mucho tiempo antes de que los arcontes de los eones, y los arcontes del Destino, y de la esfera, y todas sus regiones, y sus cielos, y sus eones, hubieren sido destruidos.» (Ev. Valentino 5:7)

Día Cinco

Si de por sí la aparición de la vida vegetal es fascinante, ¿cuánto más la vida animal? Aceptando que las células eucariotas vegetales no pudieron aparecer solas, es concebible que lo propio también ocurriese con los animales. El profeta Henoc nos habla de esto en solo un versículo, diciendo: «Y en el Quinto Día saqué del mar y salieron peces y aves variados en cantidad y todo reptil que reptaba sobre la Tierra y lo que van sobre cuatro sobre la Tierra y vuelan en espíritu masculino y femenino en medio de ellos, y toda alma que respira para toda vida.» (2ª Henoc 30:8) Según refieren los textos de la antigüedad – y parece coincidir con ellos la ciencia moderna – las primeras formas de vida en nuestro mundo fueron criaturas andróginas, es decir, hermafroditas, poseyendo cada una ambos sexos: masculino y femenino, a la vez. Esta 5ª era, que parece ser el periodo general del Mesozoico, vio la vida acuática, aérea y “reptil”. Pareciera que esto apoyase la hipótesis de la evolución, pero lo que esto parece aducir es que las aves aparecieron antes que los reptiles, o que habrían surgido “del agua”, cosa que no tiene porqué ser correcta. Henoc escribió que le fue dicho de parte del Creador, que se sacó la vida del mar en este periodo, y según lo que se llevó a cabo vino a conseguirse con éxito que dichas formas de vida fuesen producidas en grandes cantidades en el océano – y/o en agua dulce -. Lo que también parece dar a entender es que el mismo proyecto consiguió crear “aves”. El término ‘Aof’, aunque se traduce por ‘ave’, da lugar al vocablo ‘Meofef’ (volar), en el sentido de la acción o ejercicio que realizan las aves: el vuelo.

Génesis nos dice que los reptiles aparecieron en el Sexto Yom, por lo que las aves no pudieron venir de los reptiles. Igualmente los textos sostienen que las primeras formas de vida salieron del “mar”, por lo que es de suponer que lo que pretende dar a entender es que los “experimentos” de vida se realizaron mar adentro, y dieron como resultado las formas de vida marinas y, posteriormente, las que surcarían los cielos (primero andróginos y luego ya separados por sexos complementarios unos de otros para la reproducción y el mantenimiento de la vida). En el caso de Moisés, sea en Génesis como en Jubileos, se es más explícito en este relato: «Y el quinto día que creó grandes monstruos del mar en las profundidades de las aguas, pues estas fueron las primeras cosas de la carne que se han creado por sus manos, los peces y todo lo que se mueve en las aguas, y todo lo que las moscas, las aves y todos sus tipos. Y el sol subió por encima de ellos para prosperar (ellos) y, sobre todo lo que estaba en la tierra, todo lo que los brotes de la tierra, y todos los árboles frutales, y toda carne. Estos tres tipos Creó el quinto día.» (Jubileos 2:11-13) Aquí nos habla de algo que Henoc trata en otro apartado, y es sobre esos tales “monstruos marinos” que la Septuaginta traduce del Génesis 1:21 como ‘Kiti’. De la voz griega ‘Kiti’ viene ‘Kitei’, y de ahí ‘Kiteos’, que derivó al latín ‘Cete’ y ‘Cetus’, y al español como ‘Cetáceo’. Es común oír en las historias de la ufología que seres de otros mundos trajeron la vida a la Tierra, siendo las primeras criaturas con conciencia - que según los defensores de estas tesis habrían traído de Sirio – los cetáceos: delfines y ballenas.

Otro aspecto es el que engloba en estas criaturas el carácter de reptiles gigantes. El vocablo que Moisés utiliza en Génesis es ‘Tananim’, que usualmente se entiende como ‘dragones’. Lo que está

claro es que estas afirmaciones coinciden en decir que estas formas de vida fueron las primeras de “carne” que llegaron a producirse; Asimismo incluye a la biodiversidad marina de tantos y tantos peces que existen, y que asimismo fueron creados, así como el resto de cosas que viven en el mar. Este pasaje de Jubileos es también importante, porque aclara que los tales “voladores” no fueron simplemente aves, sino “zbubim” (moscas, insectos voladores). Habíamos dicho también que en el Tercer Yom se produjo la vida vegetal, pero que el sol no entró en escena hasta el ciclo siguiente (el Cuarto), y es aquí donde dice que ¡entonces! El sol surcó el cielo e hizo “prosperar” todo. De manera que las plantas y árboles, a pesar de existir de antaño, solo comenzaron realmente a fructificar a partir de este momento, por lo que antes debieron estar en alguna especie de estado “vegetativo” o de letargo, sin aún producir fruto. En consecuencia, es evidente que no eran semillas las que fueron diseminadas por el suelo, sino vegetación preparada ya – previamente dispuesta - para cuando llegase el paso del sol. Esto hace suponer si la vida vegetal de aquel tiempo distaba mucho en parecerse a la actual y tener un aspecto más longevo y cuasi inmortal.

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יִשְׂרָאֵל הַיָּמִים שְׂרָיָן בְּפֶשׁ תִּיגָה וְעוֹף יִעֲוֹפֶה עַל-הָאָרֶץ
עַל-פְּנֵי רִקִּיעַ הַשָּׁמַיִם:

En Génesis 1:20 leemos: «ve.i.amer Elohim ishratzu ha.maim sheretz nefesh jaiah ve.of iofef al-ha.aretz al-pnei rakia ha.shamaim», que traducido quiere decir que se dijo que “corriese” el mar de pululación de “almas vivas” y aves voladoras sobre la tierra, delante del firmamento celeste. Es importante comprender que todas estas palabras y frases tienen un doble componente representativo, ya que además de su significado directo posee un matiz simbólico, queriendo mostrar una analogía con la obra de los ángeles. Así, todas las cosas del mundo de los fenómenos son imagen de las cosas celestiales. Ahora bien, esas “almas vivas” no habían sido aún descritas, y vienen a ser lo que en lengua hebrea es ‘Nefesh Jaiah’, o sea, una forma de vida que depende de la respiración (del aire), que posee alma, el privilegio de la existencia y del movimiento en una esfera de realidad (en su caso, el mundo físico). Así como Henoc, Esdras habla de estos “monstruos” y las formas de vida que se crearon en aquella era: «Al quinto día dijiste tú que en la séptima parte, donde las aguas estaban reunidas, que debería [haber] seres vivientes, aves y peces, y así sucedió. Pues el agua muda y sin vida dio a luz seres vivos en el mandamiento de Dios, [de modo] que toda la gente pudiese alabar tus maravillas. Entonces, ordenaste dos seres vivos, al uno que llamaste [Be]he[m]o[t], y al otro Leviatán; Y has separado el uno del otro: de la séptima parte, es decir, donde el agua se juntó, no podría mantener a los dos. Y a [Be]he[m]o[t] diste una parte, que se secó al tercer día, que deberían vivir juntos en la misma parte, en el que se las mil colinas: Sin embargo, a Leviatán diste la séptima parte, a saber, la humedad, y lo has guardado para ser devorador de los cuales quieras, y cuando.» (2ª Esdras 6:47-52)

A menos de que Behemot y Leviatán fuesen unas mega ballenas reptiloides, estas criaturas no parecen algo normal. Haciendo un estudio profundo sobre esta materia se podría conjeturar que estas dos “bestias” constituyen un conjunto de “criaturas” bajo un espíritu. Por ello, hablando del fin de los tiempos, le fue dicho a Henoc que «ese día se harán salir separados dos monstruos, uno femenino y otro masculino. El monstruo femenino se llama Leviatán y habita en el fondo del [gran] mar sobre la[s] fuente[s] de las aguas. El monstruo masculino se llama Behemot, se posa sobre su pecho en el desierto inmenso llamado Dondaín, al oriente del jardín que habitan los elegidos y los justos, donde mi viejo padre fue tomado, el séptimo desde Adán el primer hombre que creó el Señor de los espíritus.» (1ª Henoc 60:7-8) Si estos dos monstruos están reservados para el final de los tiempos, ¿por qué el Apocalipsis de Juan no habla de ellos? Según Henoc, estas bestias devorarán carne, dando a entender el escritor que esa “carne” es de humanos. Apocalipsis lo único que habla en analogía con algo así es respecto de dos poderes que someterán al mundo por unos cuantos años.

Si miramos las similitudes - como se aprecia en los libros de ‘La Rebelión de Sakla’ – Behemot (que significa “la bestia”) es una criatura macho que, acorde a la tradición judía, dirige a todos los animales terrestres; por su parte, Leviatán, es una criatura hembra que, según la misma tradición, dirige a las formas de vida acuáticas. La correspondencia más coherente es que Behemot pudiese estar relacionado con la Bestia de Apocalipsis, y Leviatán lo estuviese con el Dragón. La cuestión sería, ¿cómo es que esas criaturas fueron creadas hace tanto tiempo, especialmente si su función es para la era “final”? La cultura védica de la India cuenta en sus sagrados escritos

que en el inicio de los tiempos, cuando empezó la 'Lilá' (o 'Lika'), el Creador del cosmos, Brahma, se enfrentó a los poderes soberanos del caos, tales como Vala y Vritra, los primeros demonios-dioses, a los cuales venció, pero también - manifestado a través de Vishnú - luchó contra el titánico Rajú (el 'Atacante'), y dividió a esta criatura en dos: Rajú y Ketú (el que quedó "desconectado" y errante por el espacio). El atacante es llamado 'el Orgullosos' en la historia antigua hebrea, y de él se cuenta en los salmos: «Tú quebrantaste a Rahab como a un herido de muerte; con tu brazo poderoso esparciste a tus enemigos.» (Sal. 89:10, R95) Esta victoria se menciona asimismo en los libros de los profetas: «¡Despiértate, despiértate, vístete de poder, brazo de Iaheveh! ¡Despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados! ¿No eres tú el que despedazó a Rahab, el que hirió al dragón?» (Isa. 51:9)

Si hablamos acá de batallas celestes, tenemos que agregar a nuestro análisis el hecho de que el Enuma-Elish relata que los "espíritus del mal" que se hallaban en "la Tierra" – o sistema solar - en la era primigenia, se vieron obligados a dividirse, pasando a una de dos partes que sobrevivieron a un impacto astronómico (que evocaba a una guerra entre seres sobrenaturales). Los que fueron lanzados al interior del mundo y los que fueron lanzados al espacio vinieron a considerarse los dos espíritus del mal que habían de mantenerse separados, ya que reunidos otra vez, procrearían el caos. De manera que, siguiendo la narrativa, encontramos que en el Quinto Yom se crearon estas criaturas, y dado que no nos dice cuándo fueron separadas, hemos de asumir que fue en ese mismo ciclo. Por consiguiente, se podría conjeturar que en ese entonces habría ocurrido algún tipo de guerra ya en cánones físico-psíquicos,

no entre humanos (que aún no existíamos), pero sí entre seres “inteligentes”. Varios de los manuscritos de Nag Hammadi hablan sobre las guerras celestiales y de sus sazones, diciendo, por ejemplo, que tiempo después de que el caos y sus poderes hubiesen aparecido, hubo varias batallas en estos cielos por la soberanía de los mismos, y los poderes del mal fueron divididos y doblegados.

La gran similitud entre estos relatos hace imaginarse una historia un tanto fantástica, pero ordenada, de cómo varios conflictos iban ocurriendo en los cielos, y también la Tierra los experimentaba, incluso en el tiempo en que la vida orgánica y las criaturas ovíparas eran creadas en nuestro mundo (y posiblemente estuviese relacionado el asunto bélico con los planes de creación de la vida y acondicionamiento de este planeta).

וַיִּבְרָא אֱלֹהִים אֶת־הַתַּנִּינִם הַגְּדֹלִים וְאֵת כָּל־גִּבּוֹרֵי הַתְּהוֹמוֹת הָרָמְשֵׁת אֲשֶׁר
 נִשְׂרְצוּ הַמַּיִם לְמִינֵיהֶם וְאֵת כָּל־עוֹף כַּנְּף לְמִינֵיהוּ וַיֵּרָא אֱלֹהִים כִּי־טוֹב:

Moisés cuenta en el verso 21, de Génesis 1: «ve.ibrá Elohim et-ha.taninim ha.gdolim ve.et kal-nefesh ha.jaiah; ha remeshet asher shertzó ha.maim laminehem ve.et kal-aof kanaf laminehu ve.ira Elohim ki-tob», hablando de “crear” grandes dragones y toda alma viva. Unas veces dice que “crea”, otras que manda a “producir” y otras que “salga” determinada cosa, siendo cada caso distinto el uno del otro, ya que en esta ocasión sí queda patente que los dioses (elohim) crean, mientras en las otras situaciones “mandan” – o quien

está sobre ellos - a que “algo” o “alguien” lleve a cabo funciones de “producir” con base a los elementos ya creados, o simplemente que los propios elementos, o masa existente, se transmuta para establecer nuevos escenarios. Ahora bien, ¿por qué crearía “grandes” dragones? Es notorio que se refiere a que creó dos bandos, para menguar el poder de estas fuerzas, pero también habla en lo terrenal de la creación de grandes dragones. Los registros celtas nos lo cuentan, diciendo que la «Tierra quedó vestida con el manto de la dama de verde, hierba cubrió la faz de la tierra. Las aguas produjeron peces y las criaturas que se mueven alrededor y se retuercen y enroscan en las aguas, las serpientes y las bestias de aspecto terrible que eran de antaño, y los reptiles que se meten y se arrastran. Había cosas pisando fuerte y dragones en horrible forma revestida de terror, cuyos huesos grandes todavía pueden verse. Luego salieron del vientre de la tierra todas las bestias del campo y el bosque.» (El Libro de la Creación. The Kolbrin).

Inequívocamente estas son alusiones directas e indirectas a los dinosaurios. En Génesis se hace una diferencia – o eso parece – entre dos grupos: *taninim ha.gdolim* (grandes dragones) y *nefesh ha.jaiah* (los vivientes con alma). Es más, estas almas vivientes se definen como “todas”, es decir, por un lado estaban estos mega reptiles, y por otra, “todas” las almas vivas. ¿Quiere decir que los otros grandes monstruos no eran criaturas con alma? De hecho, estas almas vivientes se categorizan como aquellos primeros ovíparos, a saber, formas que se arrastran en el subsuelo o lecho marítimo, y las aves “aladas”. Pero, ¿hay aves que no sean aladas? Si se sobre entiende que una característica de las aves son sus alas, ¿para qué lo resalta, y por qué no lo hizo anteriormente? Es probable

que sea porque habla de un orden de creación, donde primero se produjeron los peces y los INSECTOS (las formas de vida compleja más simple), y justo después el trabajo de “laboratorio” desarrolló a los dinosaurios, los moluscos y crustáceos, y a las aves. Podría pensarse que la gran extensión selvática de tierra firme era tan despoblada de animales, que probarse el diseño de los primeros reptiles ahí sería ideal, aunque por su envergadura se les salió de las manos (las otras formas de vida que les acompañarían – las aves – estarían volando, lejos de su alcance).

וַיְבָרֶךְ אֱלֹהִים לְאמֹר פְּרוּ וּרְבוּ וּמְלֵאוּ אֶת־הַמַּיִם בַּיַּמִּים וְהָעוֹף
 יִרְבַּ בָּאָרֶץ:

Génesis 1:22 dice: «ve.ibraj otam elohim leemor pru ve.rabú ve.malú et-ha.maim ba.iamim ve.ha.aof ireb ba.aretz», refiriéndose a que estas formas de vida debían fructificar y multiplicarse en el mar, mientras las aves lo hacían en la Tierra. Pero, ¿por qué sólo las aves? ¿No se supone que los dinosaurios debían estar también multiplicándose en la superficie seca? Esto hace pensar si los grandes dragones a los que se refiere inicialmente fueron efectivamente justo los monstruos oceánicos, como los megalodones, plesiosauros y demás especies que eran los gigantes compañeros de las ballenas y otras formas de vida que aún se estudian en la criptozoología, como los calamares gigantes y otros de los que se habla en mitos hindúes y japoneses. Los relatos y grabados sobre estos ejemplares se ven en

muchas partes, y se sabe que su tamaño era colosal, mezclándose con las historias sobre las luchas entre los dioses, como cuando Horus luchó con Set (en los relatos egipcios), que es el mito griego del enfrentamiento entre Zeus y Tifón. En su libro 'Flying Serpents & Dragons' (1990), R. A. Boulay teoriza en la relación tan directa entre la aparición de los dinosaurios y las guerras entre seres demoniacos con apariencia reptil, utilizando todo tipo de fuentes, incluida la biblia y el mismo Hagadah (un texto de la tradición judía). El uso de analogías es clave para comprender ambos niveles de información recibida, como ya he dicho, toda vez que los mensajes se dan con similitudes entre lo celestial y lo terrenal, mostrando lo etérico y lo fenoménico como uno a imagen del otro.

Otros personajes de la historia hebrea cuentan que estos bandos representaban al milenarismo dragón, unas como 'Leviatán Serpiente Fugitiva' y otras como 'Leviatán Serpiente Tortuosa' (Isa. 27). Jesús cuenta sobre los combates celestes justamente describiéndolas como batallas contra dragones, lo cual es un clásico que aparece prácticamente en todos los cuentos o fábulas prehistóricos: «Y cuando la potencia del triple poder hubo descendido en el caos, encontró a Pistis Sofia. Y la fuerza con rostro de león, y la fuerza con rostro de serpiente, y la fuerza con rostro de basilisco, y la fuerza con rostro de dragón, y todas las fuerzas del triple poder rodearon a Pistis Sofia, queriendo arrebatarse por segunda vez sus fuerzas. Y cuando la atormentaban y afligían, ella se dirigió otra vez a la luz.» (Ev. Valentino 20:10-12) El relato del Enuma-Elish (épica sumeria de la creación) nos hace saber todo esto con muchos detalles, pero claramente a través de descripciones figurativas: «Ellos mismos [se] congregaron juntos y al lado de Tiamat

que avanzaban; Estaban furiosos; idearon travesuras sin descanso Día y Noche. Se prepararon para la batalla, echando humo y furia; Se unieron sus fuerzas e hicieron la guerra, Umm-HUBUR [Tiamat] Hacedor de todo, Hecho en armas invencibles de adición; ella engendró monstruos-serpientes, de dientes afilados, y sin piedad [...] Con veneno en vez de sangre, llenó sus cuerpos feroces monstruos-víboras ella vestida con terror. Con el esplendor que les viste de gala, les hizo de elevada estatura...»

La tablilla continúa diciendo: «Quien contemplado [a] ellas, el terror se apoderó de él, sus cuerpos se encabritaron y nadie podía resistir su ataque. Estableció víboras y dragones, y el monstruo Lahamu, y los huracanes, y perros rabiosos y hombres-escorpión, y tempestades fuertes, y hombres-pez y carneros. Llevaban armas crueles, sin temor a la lucha; Sus órdenes eran poderosas, no pudo resistirse a ellos; ante esta apariencia, de gran estatura, hizo once [tipos de] monstruos. Entre los dioses que eran sus hijos, en la medida en que le había dado su apoyo, ella exaltó [a] Kingu; en medio de ellos le planteó al poder. A marchar ante las fuerzas, para liderar por anfitrión, para dar la señal de batalla, para avanzar a la agresión, a dirigir la batalla, para el control de la pelea, A él le confió; en costosos vestidos que ella le hizo sentarse...» Esta descripción sumeria engloba todo lo anterior, hablando de lo que parecen ser criaturas demoniacas de diferentes especies, todas ellas participando de una guerra en el sistema solar, ya que Lahmu, Kingu, y demás deidades descritas a lo largo de todo el conflicto, son los nombres que recibían los planetas y lunas de nuestro sistema solar en Mesopotamia.

Días Seis

El último eón de la creación es el 6º, la etapa en la que aparecen los reptiles terrestres y los mamíferos, y asimismo el ser humano, el último en manifestarse y para quien parece que todo fue dispuesto y acondicionado. Sobre este periodo escribió Esdras: «Al sexto día mandamiento diste tú a la tierra, que diese las bestias, el ganado y de reptiles, antes y después de estas, también Adam (hombre), a quien tú hiciste señor de todas tus criaturas. De él vienen todos, y también la gente que has elegido. Todo esto he hablado delante de ti, oh Señor, porque tú hiciste el mundo por amor a nosotros.» (2ª Esdras 6:53-55) Acorde a estas palabras, se dio el orden de crear mamíferos de dos géneros y reptiles – previamente, y de forma deliberada, a la llegada del hombre -, y concluyendo con otra reafirmación de que todo fue establecido para que el humano fuese señor sobre todo y dispusiera de todo. Jubileos contiene: «Y en el sexto día Él creó todos los animales de la tierra, y todo el ganado, y todo lo que se mueve sobre la tierra. Y después de todo esto ha creado al hombre, un hombre y una mujer crea a ellos, y le dio el dominio sobre todo lo que está sobre la tierra, y en los mares, y sobre todo lo que vuela, y más bestias y más de ganado, y sobre todo que se mueve sobre la tierra, y sobre toda la tierra, y más que todo esto ha dado el dominio. Y estos cuatro tipos que creó en el sexto día. Y había en total veintidós tipos. Él y todo su trabajo [fue] terminado en el sexto día; lo que está en los cielos y en la tierra, y en el mar y en los abismos, y en la luz y en la oscuridad, y, en todo.» (Cap. 2:14-16)

Aquí nos habla de 'Jaiat' de la Tierra, de 'Behemat' y del resto de lo que "se mueve", posiblemente queriendo decir "lo que reptá" (en hebreo 'ha.Remeshet'). El vocablo 'Jaiat' (viviente) es la conjugación de 'Jaiyah' (vivo), cuya raíz es 'Jiah' (vida), por lo que se entiende como "ser" vivo. Behemat es un sinónimo, más explícito según el carácter animal o animalesco, pero que se utiliza para definir a las bestias y, en mayor medida, para el ganado (de ahí que algunos interpreten como animal doméstico o de carga). Es muy raro que siempre haga distinción entre 'Jaiat' o 'Behemat' para englobar a los animales terrestres (a excepción de los reptiles, y, por extensión, se entiende que asimismo los anfibios). Dicha curiosidad hace asumir que 'Jaiyah' sería el equivalente al latín 'animam' (animal, ser animado), mientras 'Behemah' sería el equivalente al latín 'bestia' (animal salvaje, criatura irracional), que incluye a los animales salvajes que se han llegado a domesticar. Para nuestra sociedad, una generalidad tan simple como decir "animales" se habría entendido más que suficiente, así que, ¿por qué enfatizar en esto como si se trata de dos conjuntos distintos? Posiblemente debido a que es característico de toda cultura ancestral saber diferenciar entre animales de convivencia y animales peligrosos, así como a criaturas carnívoras y criaturas herbívoras (u omnívoras), sin contar con los eufemismos para referirse a seres inteligentes, debido a su actitud o virtudes/defectos.

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים תּוֹצֵא הָאָרֶץ גֶּפֶשׁ חַיָּה לְמִינָהּ בְּהֵמָה וְרֶמֶשׂ וְחַיֵּיתוֹ-אָרֶץ
 לְמִינָהּ וַיְהִי-כֵן

Moisés dice en Génesis 1:24, «ve.iamer elohim totzé ha.aretz nefesh jaiah laminah behemah ve.remesh ve.jaito-aretz laminoh ve.iehi-ken» igual que en los otros pasajes, nos habla de que se produzcan en la Tierra ‘nefesh jaiah’, a las cuales define como ‘behemah’ según todas sus especies, ‘remesh’, de todas sus especies, y ‘jaito-aretz’, según sus especies. Algunos han conjeturado en que esta referencia hace distinción entre los niveles de conciencia y desarrollo de estas criaturas, y/o diferencias mayores, como podría ser la existencia misma de otros “seres” de carácter inteligente, a la par de los reptiles y las bestias. Visto a modo analógico con lo espiritual, podría suponerse que así como las formas animales, existiesen, sea en esta dimensión o en otras en nuestra esfera, 3 tipos de seres de conciencia superior a la de los animales. Esta conjetura se refuerza con el estudio de manuscritos antiguos que hablan de seres “misteriosos” que cohabitan con las formas de vida salvajes, pero moran – o moraban - en zonas alejadas de los núcleos poblados de la civilización. En su caso, el NH II, 5 (Tratado sobre el Origen del Mundo, de Nag Hammadi), dice que «todas las plantas germinan sobre la tierra según de su especie, con la semilla de autoridades y sus ángeles. Entonces, de las aguas, las autoridades crearon los animales, en su caso, y de reptiles y las aves según su especie, con semillas de las autoridades y sus ángeles.» (Vers. 21-28) La referencia a “semilla” engloba tanto el grano vegetal como la “simiente” o “semen” en un sentido de la biología reproductiva animal, lo cual puede sugerir que estas autoridades y sus ángeles utilizaron su propia genética para la elaboración de la vida en este planeta.

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת־חֵילֵת הָאָרֶץ לְמִינָהּ וְאֶת־הַבְּהֵמָה לְמִינָהּ וְאֶת כָּל־רֶמֶשׂ
הָאֲדָמָה לְמִינָהּ וַיֵּרָא אֱלֹהִים כִּי־טוֹב:

Génesis 1:25 nos dice, «ve.iás elohim et-jaiát ha.áretz lamináh ve.et-behemáh laminah ve.et kal.remésh ha.adamáh laminéhu ve-irá elohim ki-tob,» resaltando que la determinación se efectuó correctamente y tuvo resultado positivo. No obstante, aquí empieza a usar una palabra que hasta el momento no había utilizado: ‘Adamah’. Este vocablo no tiene sentido aplicarlo si no existía aún el hombre, toda vez que dicha designación define el nombre de nuestro mundo a causa de la humanidad. Adamah es la forma femenina de ‘Adam’ (hombre), y su raíz parte de la estructura que formó el vocablo copto y koiné ‘Adamas’ (diamante). Esto solo puede sugerir una de dos cosas: o ya había humanos en este mundo desde ese entonces, o ya nuestro orbe estaba “bautizado” o “fundado” para dar la bienvenida a la raza humana. Extrañamente Henoc es la única de estas fuentes que no coincide en que los animales terrestres fueron creados o producidos al inicio del yom Seis, sino que los engloba a todos en el yom Cinco, posiblemente hacia el final de este y el inicio del Sexto. Lo que sí queda claro en todas las narraciones es que el hombre fue el último en aparecer, y las cosas siguieron básicamente la misma secuencia, que es la que hemos seguido a lo largo de estos capítulos; Es más, con la aparición del hombre se dio por concluida la creación, sellando el ciclo de formación del cosmos como escenario completo y perfecto para la experiencia humana.

¿Qué puede significar este vacío aparente o cambio en dicha versión? Henoc es quien había dado más detalles sobre la creación de las cosas, y es muy anterior a los otros narradores, por lo que, ¿cuál sería la razón por la que la deidad que hablaba con Henoc le dijo que los animales habían sido producidos en el yom Cinto, pero el hombre fue creado en el yom Seis, sin los animales? Podemos dar interpretaciones, pero lo cierto es que Henoc no solo dice esto, sino que agrega el “proceso” y “pautas” que llevaron a la aparición del humano: «Y en el Sexto Día ordené a mi Sabiduría crear hombre desde 6 bases: su carne de la Adamáh; su sangre del “la velocidad [de] los malajím y las densidades-nubes sus tendones-ligamentos; y su cabello del pasto de la Adamah; su alma de mi aliento y de mi espíritu.» (2ª Enoc 30:10 (el 11:58 del rollo hebreo)). ¿Podría haber una relación entre las Jaiah, Remesh y Behemah con la antesala de la aparición del hombre en un sentido biológico? No hablo de evolución esporádica, sino de diseño genético deliberado: Diseño Inteligente. ¿Fue la Sabiduría de la deidad la que estuvo detrás de la creación del hombre? Como asimismo se dice en los manuscritos de Nag Hammadi, parece haber un colectivo espiritual que representa un reino celeste, llamado ‘Jokma’ o ‘Jajmah’ (sabiduría, ciencia, sapiencia, astucia), el cual dirigía las operaciones del Espíritu Santo por medio de una posible civilización – o un grupo de ellas – de “ángeles” o seres sobrehumanos que representan a Dios y personifican la Sabiduría de estos sistemas estelares.

En las culturas amerindias se cree que hubo varias “eras” antes de la que constituyó la humana - y la previa al mismo - y ya el hombre existía, pero había sido convertido en simio (la era Ehecatonatiuh de las fuentes aztecas). Esta humanidad habría sido un

diseño previo al cuerpo humano moderno, y es descrita como “mono” en los registros celtas, quienes además cuentan – como otros pueblos – que esta raza humana simiesca fue destruida con la caída de un asteroide. Según los registros antiguos, antes o durante la aparición del ser humano, hubo gigantes en nuestro mundo, y acorde a los registros aztecas, ellos estuvieron en la primera edad, la de Nahui-Océlotl, que fue precedida por la era Nahui-Ehécatl, arrasada por un “huracán” o mega desastre que supuestamente convirtió a sus supervivientes en “monos”. El libro celta de la creación, en los registros Kolbrin, «Nos cuentan cómo la tribu mono Selok, liderada por hombres celestes, perecieron por las llamas ante el Valle de Lod; Sólo una mona llegó a las alturas superiores [de la] cueva. Cuando el hombre celeste renació de la mona en la caverna de la Aflicción, podía saborear los frutos de la tierra, y beber de sus aguas, y sentir la frescura de sus vientos [...] El hombre, creado a partir de sustancia terrenal solo, no podía saber simplemente las cosas de la Tierra, ni podría por sí solo someterlo [al] Espíritu.»

El relato celta afirma que esta destrucción fue provocada, básicamente, por un asteroide, y coincide con infinidad de relatos remotos de muchas culturas, incluyendo la propia azteca, pues sostiene que la era siguiente – en la que vivían sobre este mundo mayormente seres divinos o inmortales -, Nahui-Quiahuitl, fue arrasada por fuego del cielo. ¿Por qué directamente no se creó al hombre? Según el Popol-Vuh (registros mayas), se trató de crear al hombre una primera vez, pero no hubo éxito, mas el ensayo posterior sí resultó. Esto resaltan gran parte de otras historias, dando a entender que los propios “dioses” que trabajaban en la genética y la vida, aunque sabían lo que querían hacer – ya que el humano

parecía ser un prototipo ya existente en el universo – no sabían cómo hacerlo, y tardaron algún tiempo en conseguir su humano idóneo, haciendo distintas pruebas biológicas y embrionarias con la especie que más similitudes daba la impresión de tener, al menos sobre la Tierra: los primates. Los textos de Nag Hammadi, especialmente, así como los registros vedas de la India, declaran que el hombre ya existía antes de venir a este mundo, pero vivía en otros mundos y en otros estados de “vibración”, “conciencia” o “dimensionalidad”, por lo que necesitaba un cuerpo lo más afín posible con las prestaciones para experimentar esta “fisicalidad”, que no le brindaban las formas de vida ya existentes; por tanto los “dioses” buscaban crear un organismo biológico lo más competente posible para ser vehículo de este alma inmortal (el hombre) que deseaba venir de estos otros mundos.

La novela sumeria ‘Atra-Hasis’ cuenta que unos seres sobrehumanos trabajaban duramente en la tierra, «Su tarea era considerable, Su trabajo pesado, su labor infinita.» Estos eran de una raza llamada ‘Anunnaki’ (que el Antiguo Testamento denomina “los hijos de Anak”), pero pertenecían a un subgrupo llamado ‘Igigi’, o ‘igigu’, que obedecía las ordenes de los Anunnaki superiores en cabeza del heredero Enlil: «[Y estos dioses] [...] [Los Igigu] (tuvieron) que excavar [los cursos de agua], [Y abrir los canales] que vivifican la tierra. [Así, ellos abrieron] el curso del Tigris, [Y después], [el del Éufrates].» Su ardua labor los agotó, «[Durante mil [...] años] se entregaron a la tarea – [Después de haber acumulado [...]] todas las montañas, [Hicieron el recuento de los años] trabajados. [Después de haber organizado [...]] el gran pantano meridional, [Hicieron el recu]ento [de los años] trabajados, [i(Durante) dos mil q]uinientos

años, y más, Habían, día y noche, Soportado [esta pesada car]ga!» Ellos, cansados de esta situación, empezaron a quejarse y criticar a sus líderes, conspirando y terminando por llevar a cabo intento de golpe de estado, atacando la sede del poder en aquel entonces. Fue 'Zu' (el gran sabio) quien infiltrado entre ellos pareció motivar esto, según registros hititas (que agrega que Zu intentó hacerse un trono en las alturas y ser semejante al Altísimo), y curiosamente en el 'Tratado sobre el Origen del Mundo', de Nag Hammadi, en el mismo orden de sucesos, aparece el 'Instructor', por medio de quien se diseña el modelo para crear al hombre sobre esta esfera.

Tomaron el centro de control de la misión y rodearon la mansión de Enlil: «¡[Tu pal]acio está rode[ado], mi Señor! ¡El comba[te se ha ex]tendido hasta tu puerta! – ¡Tu palacio está rodeado, oh Enlil! [...] Enlil ordenó que se trajesen las armas a su casa, - Después abrió la boca Y se dirigió a Nuska, su paje: “¡Nuska, levanta una barricada ante tu puerta! - ¡Toma tus armas y ponte a mis órdenes!» Ante esta amenaza recomiendan a Enlil llamar a su padre Anu, que se había decidido que permanecerse en órbita, o en algún lugar fuera de la Tierra, en una morada celeste, y «Anu, el rey del [Ci]elo, presidia (la reunión), Y el rey del Apsu, Enki, lo escuchaba [todo (?)], Mientras se [sen]taban los grandes Anun[naku], Enlil se puso de pie: se a[bría] el debate.» Esta asamblea urgente se organizó para establecer las pautas que se iban a llevar a cabo, dado que los igigu se rehusaban a seguir cargando con este trabajo. Ellos dieron sus quejas, mientras Enki, hermano de Enlil, les respaldaba y recomendaba un subterfugio: «Pero existe [un remedio para esta situación (?)]: Dado que [Belet-ili, la Matriz], está aquí, Que fabrique un prot[otipo de hombre]: ¡Será él quien car[gue] con el yugo [de los

dioses (?)- [Quien ca]rgue con el [y]ugo [de los Igigu (?): [Será el Hombre quien cargue] con su [traba]jo!» Belet-ili asegura que lo haría con la ayuda de Enki, ya que él era experto en estos temas – que podríamos llamar “genéticos” -, y él afirma que entonces un dios debe ser sacrificado, y su sangre debía mezclarse con arcilla para fabricar un diseño humano.

Estos relatos independientes relacionan la combinación de la propia esencia de los dioses con un modelo prediseñado o existente, para producir al humano que había de ser creado: «Los arcontes se reunieron en asamblea y dijeron: "Vamos, tomemos tierra y creemos un hombre de barro". Y modelaron su criatura haciéndola completamente de tierra.» (La Realidad de las Potestades 1:6-7, Nag Hammadi). En otro tratado de esta biblioteca se dice que las autoridades “eyacularon su esperma” en el “ombbligo de la Tierra” para crear la vida, y da las pautas de cómo se llevó a cabo este desarrollo hasta llegar al homo Sapiens sapiens. Ya que habría demasiadas fuentes que citar y mucho que escribir, trataremos de resumir lo mejor posible todos estos puntos, agregando aquí que todo apunta claramente a que se usó la ingeniería genética para crear al ser humano, hablando incluso del uso de los “elementos de la tierra” combinados para la fabricación biológica de una transporte (cuerpo, avatar), pero que en primera instancia no funcionó, aunque teóricamente estaba todo bien. El cuerpo parecía “vivo”, pero estaba carente de alma (tripulante), lo cual explican como un estado de trance, de coma o de ‘Tardema’ (sueño profundo). Estos intentos no fueron satisfactorios desde el principio, y hubo diferentes intentos por crear al hombre “ideal”, pero al conseguirlo vieron un peligro y lo volvieron a “mortalizar”.

Respecto del primer proceso de creación, Henoc escribió: «Y 7 cualidades le di, las 7 para la carne: la vista para los ojos; el olor para el alma; el regocijo para los ligamentos-tendones; el gusto para la sangre, la paciencia-tolerancia a los huesos; la mansedumbre-tranquilidad para el pensamiento. Y pensé por que dije-llame Palabra astuta-sabia porque de lo existente que no se ve y se ve hice al hombre, ambos muertos y vivientes, y la imagen-figura sabe-conoce Palabra y no hay en toda la Creación como él: pequeño en grandeza y en la pequeñez grande. Y lo puse como segundo ángel custodio sobre la Tierra, honrado-recto y grande, y respetado-venerado. Y lo senté como rey de la Tierra y no había nadie como él entre mis sabios-astutos. Y no había igual a él en la Tierra de todas mis creaciones. Y le puse como nombre los 4 vientos: del Oriente, del Occidente, del Norte [y] del Sur. Y le puse en custodia-designé 4 estrellas de las enfriadas-secas y llamé su nombre Adam. Y di-mostré las voluntades-disposiciones y él miró los dos caminos: luz y oscuridad, y les dije: Eso es ir bien y eso es malo para dirigirse, [debo] saber si tiene astucia-discernimiento hacia mí con odio hacia la dirección excelente, [y quien] de su simiente me ama. Y yo vi mi proyecto pero él sobre el proyecto no sabía, y si sabe lo hará mal, al pecado y todo lo suyo será pecado, y dije: luego del pecado no hay Palabra sino la muerte. [...] Y tomé la letra, la última del nombre de él y llamé su nombre, ellos eran él: Adán, [y] ellos [son] la humanidad y los vivientes.» (2ª Henoc 30:11-16) ¿Estrellas frías? Esta era una forma directa de decir “planeta”. ¿Originalmente el hombre en nuestro sistema solar vivía en 4 planetas?

¿Le puso por nombre los cuatro vientos? Las siglas de las cuatro direcciones en griego antiguo eran ‘A’, ‘D’, ‘A’ y ‘M’. Y, ¿cuál es

esa letra que tomó para el nombre de la compañera? A Javah (Eva) se la definió como «am kal-jai» (madre de toda vida), por lo que su nombre Javah deriva de Jai (vida), y significa “dadora de vida”, y además, la primera y última letra de las tres que conforman el vocablo ‘A.D.M.’ (Adam, hombre) forman ‘A.M’ (madre). Era lógico que ella sería madre si era mujer, porque hasta el resto de criaturas procreaban y daban a luz a sus semejantes, de modo que lo que esta alusión pretende hacer ver es que Javah daría a luz seres señoriales, sería matriz para la concepción de una raza gloriosa que encarna a almas del reino de los cielos. Sabiendo que esto ocurriría fue por lo que «Ialdabaot le dijo a las autoridades que estaban con él: “Venid, creemos un ser humano a imagen de Dios y con semejanza a nosotros mismos, para que esta imagen nos dé luz”.» (Libro Secreto de Juan 9:1) Ialdabaot sabía que el hombre señorial tenía una chispa superior a él y quería poseerla, pero al ver su verdadero potencial se arrepintió y destruyó este molde (cuerpo) inicial produciendo uno nuevo mortal, y que en vez de dominarlo todo, fuese dominado por las autoridades para servirle a ellas y estar tan atareado de oficios y labores que jamás despertase para comprender su verdadera naturaleza. Todo este modelo se creó a imagen de los seres de los reinos superiores que Ialdabaot y los suyos una vez hubieron contemplado: «crearon con sus poderes y copiaron los rasgos que habían aparecido. Cada una de las autoridades aportó un rasgo psíquico correspondiente a la figura de la imagen que había visto.»

En la versión del Génesis todo esto toca deducirlo a base de meticoloso análisis, empezando por comprender que el primer humano creado fue hecho a “imagen y semejanza” de la “deidad”, con la finalidad de gobernar sobre todas las cosas: «Hagamos al

hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.» (Gén. 1:26, RVA 60) El primer diseño fue andrógino: «masculino y femenino los creó» (vers. 27). No obstante, este hombre vegano (vers. 29) perteneció al yom Seis, mucho antes del hombre moderno, y Moisés también dio constancia de ello al escribir: «Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.» (Gén. 2:1-2, RVA 60) ¿Qué quiere decir esto? Que al llegar el tiempo de cesación de este proyecto, se impuso un periodo – Séptimo – para que las cosas transcurriesen solas, como la semilla que ya sembrada y regada ahora solo se espera que con el tiempo germine y produzca. Entonces, tras hablar del final de todo esto, y del ciclo del yom Siete, menciona al nuevo hombre que ahora venía a ser creado: «Entonces laheveh Elohim formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.» (Gén. 2:7, RVA 60) La versión de Juan dice que al crear al humano, «durante mucho tiempo su creación no se movió ni se agitó en lo absoluto», y que la Sabiduría, para recuperar su poder, mandó a 5 ángeles de los reinos eternos para engañar a Ialdabaot de manera que insuflase su poder en la criatura inmóvil, ergo «Él insufló su espíritu en Adán», «Así, el poder de la Madre salió de Ialdabaot y entró en el cuerpo psíquico que había sido hecho como el Uno que es desde el principio. El cuerpo se movió, y se hizo poderoso. Y fue iluminado.» (Libro Secreto de Juan 10:7-8)

Como vemos, el primer humano del que habló Moisés fue hecho «imagen y semejanza» de los dioses, y era andrógino, pero el

que vino en la era subsiguiente ya no fue producido inmortal, sino mortal (tenía la imagen exterior de ángel, pero la semejanza biológica e interna de un mamífero): «del polvo de la tierra». A este, que se entiende que ya tenía sexo independiente, se le privó de la inmortalidad, pero además el relato parece poseer una contradicción, sea en la tesis o en la cronología, puesto que mucho más adelante es cuando al humano se le extrae una costilla para fabricarle a su contraparte: «Y de la costilla que laheveh Elohim tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.» (Gén. 2:22 RVA 60) Los textos de Nag Hammadi y los registros celtas también mencionan este hecho: la fuente cristiana egipcia sostiene que esta fue la producción de una raza humana con capacidad del despertar de la conciencia, donde la mujer que apareció era imagen de la hija de la 'Sabiduría', y esta fue una encarnación de esta mujer celeste, quien despertó al hombre, en un sentido de conciencia de sí mismo como criatura gloriosa y divina, haciéndole saber que él era un alma encarnada, y que realmente provenía de reinos superiores. Por ello Jesús dijo a Juan: «En seguida el resto de los poderes sintieron celos. Aunque Adán había nacido a través de todos ellos, y ellos habían dado su poder a este humano, Adán era, empero, más inteligente que los creadores y el primer gobernante. Cuando se dieron cuenta que Adán estaba iluminado y podía pensar más claramente que ellos, y era libre de mal, cogieron a Adán y lo arrojaron a la parte más baja de todo el reino material.» (Libro Secreto de Juan 10:9-10)

El Kolbrin, lo relata diciendo: «Entonces la niebla se aclaró gradualmente y el hombre vio otra forma emergente. Era la de una mujer, pero una como Fanvar nunca había visto antes, hermosa más allá de su concepción de la belleza, con tanta perfección de la forma

y la gracia que él estaba estupefacto. Sin embargo, la visión no era importante, era un fantasma, un ser etéreo.» Según esta historia, este Adam, llamado Fanvar, estaba en los límites del jardín del oriente y veía a este ente etéreo constantemente, ya que se le aparecía deliberadamente. La historia dice que un día los bothas (una raza salvaje yosling (seres inteligentes semi-humanos privados de la capacidad de trascendencia espiritual)) le cercó mientras él dormía, y en una encarnizada batalla logró librarse de ellos, no sin recibir un tajo en su costado que le estaba desangrando, «Se convirtió en leve, cayendo en un profundo dormir y mientras dormía algo maravilloso sucedió: El fantasma vino y se acostó al lado [de] él, tomando la sangre de su herida a sí misma por lo que congeló por ella. Así, la criatura espiritual convirtió vestido de carne, nacida de sangre coagulada, y siendo dividida de su costado, se levantó una mujer mortal. En su corazón Fanvar no estaba en reposo, debido a su semejanza, pero ella era gentil, ministrándole a él con solicitud y, de ser hábil en las formas de curación, ella hizo [a] él todo. Por lo tanto, cuando había crecido fuerte otra vez la hizo reina del Gardenland (tierra del Jardín), y ella se llamaba así, incluso por nuestros padres que la nombraron Gulah, pero Fanvar [la] llamó Aruah, lo que significa ‘compañera’. En nuestra lengua es llamada la Dama de Lanevid.»

Otra historia, la épica de Gilgamesh, nos dice: «Cuando Anu hubo escuchado sus quejas, A la gran Aruru llamaron: “Tú, Aruru, creaste el hombre; Crea ahora su doble; Con su corazón tempestuoso haz que compita. ¡Luchen entre sí, para que Uruk conozca la paz!” Cuando Aruru oyó esto, Un doble de Anu en su interior concibió. Aruru se lavó las manos, Cogió arcilla y la arrojó a la estepa. En la

estepa creó al valiente Enkidu, Vástago de..., esencia de Ninurta. Hirsuto de pelo es todo su cuerpo, Posee cabello de cabeza como una mujer. Los rizos de su pelo brotan como Nisabal.» El humano, llamado Adapa, había resultado de los primeros Mu (proto-hombres creados por Enki para reemplazara el trabajo de los igigu), y aunque conoció la morada celeste, le engañaron para no alcanzar la inmortalidad; ahora, Adapa era duplicado para crear a un ser similar a él, pero con quien debiera competir, el Enkidu. Este humano tan peludo era básicamente un cavernícola, pero Gilgamesh quiso hacerlo despertar de su letargo o ausencia de conciencia, por lo que le llevó una mujer para que ella le hiciese comprender. Él entendió que ella era carne de su carne y hueso de sus huesos y la identificó como semejante a él, y nunca más volvió a ser el mismo, llegando a ser incluso el mejor amigo de Gilgamesh. Es posible que esta historia tenga analogía con la de Juan sobre el postrer humano: «Así, Adán se convirtió en un ser humano mortal, el primero en descender y quedar apartado. El Pensamiento Posterior iluminado dentro de Adán, sin embargo, rejuvenecería la mente de Adán», y agregó que «El primer gobernante [...] arrojó olvido sobre Adán. [...] Así dijo el primer gobernante a través del profeta: “haré que sus mentes sean lentas, para que no puedan comprender ni discernir”.» (Libro Secreto de Juan 11:20-23)

¡Shalom!